

INVESTIGACION A UN ORACULO

GLENN
PARRISH



BOLSILIBROS
BRUGUERA
SERIE

LA CONQUISTA
DEL
ESPACIO



INVESTIGACION A UN ORACULO

GLENN
PARRISH



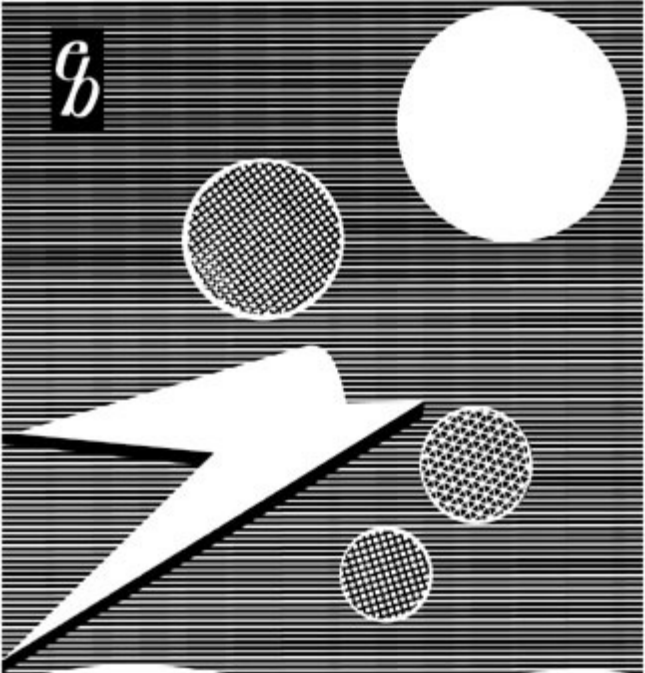
BOLSIBROS
BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA
DEL
ESPACIO



cb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

GLENN
PARRISH

INVESTIGACION A UN ORACULO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 55

Publicación semanal

Aparece los viernes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

Depósito legal: B. 24.599 - 1971

Impreso en España - *Printed in Spain.*

1ª edición: agosto, 1971

© **GLENN PARRISH - 1971**

sobre la parte literaria

© **JORGE NUÑEZ - 1971**

sobre la cubierta

Concedidos derechos
exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S.
A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la Imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

50. — La espada y los brujos, Curtis Garland.

51. — Rescate en Marte, Glenn Parrish.

52. — Año 2000: fin del mundo, Keith Luger

53. — ¡Devorados! Ralph Barby.

54. — Los supervivientes, Marcus Sidéreo.

CAPITULO PRIMERO

Había bastante animación en el vestíbulo del hotel. Se veían algunos policías y muchos periodistas, sobre todo "cámaras" con sus aparatos al hombro, desde la simple cámara de fotografiar hasta la de televisión. Se esperaba la salida de un hombre importante.

Frank Bárez figuraba entre los reporteros gráficos. El hombre importante se le importaba un pito; a decir verdad, le fastidiaba, pero tenía que tomarle unas cuantas placas. A él le hubiera gustado más otro tipo de reportaje, pero sabía que era imposible.

Bostezó aburridamente. En torno a él, se oían rumores de conversaciones, retazos de frases, comentarios más o menos mordaces... Todos, sin excepción, versaban sobre el personaje importante.

Y sobre su futuro.

—La política se ha acabado para él.

—Yo creo todo lo contrario; ahora es cuando empujará con más fuerza a sus rivales...

—Pero le han hecho un pronóstico funesto.

—¡Bah! ¿Quién hace caso de los augurios del Oráculo?

—Hasta ahora, siempre han sido ciertos.

—¡Tonterías! Si uno fuese a hacer caso de todos los adivinadores y charlatanes que corren por ahí...

—¿Que corren? Vamos, hombre; que esperan a que los tontos vayan a ellos para sacarles el dinero.

—Lo mismo da. A ese fulano, el Oráculo le dijo que prácticamente estaba *kaputt*, así que figúrate lo que puede pintar ya en política...

Frank Bárez se preocupó al oír aquellas palabras.

¿Sería verdad que todo cuanto profetizaba aquel misterioso personaje a quien llamaban simplemente el Oráculo se hacía realidad en el momento adecuado?

—Esto es absurdo —masculó en alta voz—. Estamos en pleno siglo veinte. ¿Por qué hemos de creer en los augurios de un chiflado?

Pero nadie prestó atención a sus palabras.

—Hace tres años, vaticinó la desintegración de Fong-Song IX —decía uno—. Los que creyeron en el Oráculo y se largaron del planeta, vivieron. Los demás, se convirtieron en polvo, como Fong-Song.

—Pues vaya trabajo el de ese tipo. Si se ha de pasar la vida predicando el futuro de todo y de todos...

—¡Pedazo de idiota! ¿Crees que acepta emitir una predicción sobre el futuro de cualquiera? Hay que tener mucha categoría para conseguir que él prediga tu futuro.

—¿El o ella?

—¿Y qué más da? El sexo del Oráculo no importa...

—¿Cómo que no importa? Es que no sabemos si es hombre o mujer; nadie le ha visto jamás.

—Sí, ya lo sé: y si alguien consiguiera hacerle una fotografía, se haría de oro, pero...

—¡Ahí baja Moore-Linz! —gritó uno de pronto.

El vestíbulo se puso en ebullición inmediatamente. Decenas de objetivos fueron encarados hacia la figura que descendía pomposamente por la escalera, rodeada por una corte de secretarios y guardaespaldas.

Sonaron también algunos aplausos. Bárez estuvo a punto de disparar una placa, pero se contuvo.

"Aún es pronto", pensó.

Los otros periodistas rodeaban a Henry Moore-Linz, aspirante al cargo de gobernador general. Era un hombre alto, con aspecto de aficionado a la buena vida, de rostro ligeramente sanguíneo y con cierta propensión a la calvicie. Dos encantadoras muchachas, sucintamente ataviadas, formaban parte de su séquito y distribuían sonrisas y saludos por todas partes con graciosos ademanes.

Los informadores iniciaron su interrogatorio:

—Honorable, ¿es cierto que se presenta para gobernador general?

—Muy cierto —confirmó Moore-Linz.

—En ese caso, abandonará el Gobierno Regional de Tsaria VI.

—Es lo menos que puedo hacer, ¿no creen?

—La ley permite simultanear ambos gobiernos...

—Pero, políticamente, no es ético. Cualquier decisión que tomase en favor de Tsaria VI como G.G. sería interpretada como favoritismo por seguir también como G.R.

Algunos aplaudieron aquella virtuosa respuesta. Otros opinaron que se trataba, simplemente, de autobombo.

Junto a Bárez alguien masculló:

—Ese caimán favorecerá al Gobierno Regional del que más jugo pueda chupar.

—Señor Moore-Linz —dijo otro periodista—; supongamos que le eligen para el cargo de G.G...

—Amigo mío —atajó el político—; usted tiene muy poca confianza en mí. Debe darme ya por elegido como G.G.

—Bien, señor. En ese caso, ¿cuál será su primera decisión como gobernador general?

—Invitarle a usted a una copa, amigo mío —respondió Moore-Linz entre el jolgorio y la algazara generales.

—Pero ¿de veras cree que llegará a ocupar el sillón de G.G.?

—Y ¿quién me lo va a impedir si, como todos los sondeos indican, salgo elegido?

—Se dice que usted consultó con el Oráculo, señor Moore-Linz. ¿Es cierto?

Hubo un momento de silencio, incluso de embarazoso desconcierto, observó Bárez. Luego, uno de los secretarios del político alzó la mano.

—El señor Moore-Linz juzga esa pregunta muy impertinente.

—Si le eligen, deberá sus votos al pueblo —declaró otro reportero—. Y el pueblo querrá saber si consultó al Oráculo o no.

—La respuesta sigue siendo...

Moore-Linz hizo un ademán y cortó las palabras de su secretario.

—Usted tiene razón, amigo —dijo—. El pueblo me elegirá y yo me deberé al pueblo, como ya me debo desde ahora. Por tanto, la respuesta a la pregunta formulada es afirmativa. Sí, consulté al Oráculo.

—Y ¿cuál fue la respuesta?

Moore-Linz se echó a reír.

—Hace tiempo ya que dejé de jugar apuestas en el Hipódromo. Cada corredor tenía su penco favorito. Jugué a todos los favoritos y jamás gané un céntimo.

Sonaron risas. El sentido de la respuesta era evidente.

—Así, pues, ¿no cree en los vaticinios del Oráculo?

—No; y si consigo el cargo, lo primero que haré será presentar una ley que prohíba las profecías y extirpe esa detestable casta de adivinos y augures, que no hacen otra cosa que sacar dinero a los incautos. Estamos en pleno siglo XXIII y en uno de los planetas más civilizados de la Galaxia. Creer en los augurios de tal o cual persona es estúpido.

—En tal caso, ¿por qué consultó usted al Oráculo?

—Precisamente para tener un arma en mis manos cuando salga elegido G.G. Nadie podrá decir que ataco un problema sin conocerlo a fondo teórica y prácticamente.

Sonaron más aplausos. El importante hombre público se dispuso a abandonar el hotel.

Bárez corrió hacia la salida. Dentro del hotel había demasiado tumulto. La fotografía no saldría bien.

—En efecto —oyó a Moore-Linz—, no temo al funesto vaticinio del Oráculo. Y en cuanto ocupe el sillón de G.G., lo primero que haré será ordenar una investigación a fondo, localizar la residencia de ese impostor...

Mientras hablaba, Moore-Linz salía del hotel. Bárez se retiró unos pasos para enfocarle bien.

A su izquierda y un par de metros por delante de él, otro fotógrafo tomó posiciones.

—Aunque atentaran contra mi vida —decía el hombre público—. Mi blindaje personal de energía, rechazaría cualquier proyectil...

De súbito, se oyó un fuerte chasquido.

Un vivo resplandor envolvió a Moore-Linz durante un segundo, en medio del horror y el espanto de cuantos le rodeaban. La luz se disipó en seguida.

Bárez se quedó aterrado. En aquel brevísimo espacio de tiempo, el hombre público se había convertido en una estatua de carbón.

Estuvo un instante en pie. Luego, sin un solo movimiento, se derrumbó al pie de las escaleras de acceso al hotel.

Las dos chicas que formaban parte del séquito se desmayaron, aumentando el desconcierto y la confusión. A Bárez le entraron náuseas.

Y luego sintió pánico.

El vaticinio del Oráculo se había cumplido.

* * *

Los diarios y noticiarios televisados daban distintas versiones del suceso.

En general, se excluía la tesis del atentado. Se opinaba, comúnmente, que la muerte de Moore-Linz se debía a un fallo en el suministro de fuerza, a causa de deficiencias en el generador individual que llevaba bajo los ropajes.

La muerte se había producido por electrocución. Algunos periódicos lamentaban la desaparición del que, decían, hubiera sido el gobernador general de mejores cualidades en los últimos cien años.

Otros sostenían lo contrario, si bien, caballerosamente, deploraban la muerte de Moore-Linz. No faltó el periodista que emitió la tesis de un asesinato, pero nadie le hizo caso.

El examen por los técnicos del general fue concluyente: un fallo en los circuitos, motivado por la corrosión del aislante de un cable. Ello excluía, como era lógico, la hipótesis del crimen.

En cuanto a Frank Bárez, su director no quiso recibirle siquiera cuando le anunció que había fracasado en el empeño de tomar una fotografía a Moore-Linz.

—Esto clama al cielo —dijo el director—. Estar a cuatro pasos del muerto y no impresionar siquiera una placa. ¡Que se vaya a los campos de hierba *gyatt*; allí hacen falta acémilas constantemente!

CAPITULO II

Bárez decidió tomarse las cosas con filosofía, ayudado por unas cuantas copas. Estaba despedido, pero no le importaba demasiado.

Bien mirado, empezaba a fatigarle aquella profesión. Vaya usted aquí; ahora vaya allí, tome fotografías de fulano, de mengano... Pasaba frío, calor, hambre y sed, y ello le tenía ya bastante harto.

"A fin de cuentas —se dijo, mientras le servían la primera copa—, no soy mal dibujante. Y hubo un tiempo en que incluso escribía cuentos policíacos de ambiente antiguo, que aún siguen teniendo cierto éxito."

El porvenir no le importaba demasiado. Era joven, tenía una salud a prueba de bomba y algunos ahorrillos en el Banco. El director le había llamado acémila por mediación de su secretaria, pero Bárez, sin necesidad de la secretaria, había calificado al director de infusorio mental.

Tomó un trago. Iba a seguir bebiendo, cuando, de pronto, oyó una voz a su lado.

—Usted es Prank Bárez.

El joven volvió la cabeza un poco.

—Sí —contestó.

—Me llamo Jadmila Gersten. Invíteme a una copa, por favor —pidió ella.

Era una hermosa joven de larga cabellera oscura y ojos verdosos. Vestía una sencilla túnica, sin mangas, de flotantes pliegues, debajo de la cual se adivinaba un cuerpo de raras perfecciones anatómicas, a juzgar por las bien torneadas piernas, que asomaban muy pronto por el borde inferior de la prenda, cortísima.

—Sí, al momento, hermosa —sonrió Bárez—. Mozo, otra de lo mismo.

La copa llena pasó a manos de Jadmila.

—Usted es fotógrafo de Prensa —dijo ella.

—Lo era —respondió Bárez.

Jadmila arqueó las cejas.

—¿Ha dejado el empleo? —preguntó.

—No es la frase correcta, aunque también sirve para definir mi situación, señorita...

—Llámeme Jadmila a secas, Frank. El caso es que le han despedido.

—Debo admitirlo, Jadmila, pero, si quiere que le diga la verdad, no lo lamento.

Ella se mordió los labios.

—Es una lástima —comentó—. ¿Por qué le han despedido?

—Fallé en lo de la fotografía a Moore-Linz. Yo estaba delante de él cuando...

—Entiendo —dijo Jadmila—. Lo siento, Frank.

—¿Puedo saber por qué lo siente?

Las verdes pupilas de Jadmila le dirigieron una intensa mirada.

—Iba a formularle una proposición muy interesante —contestó.

—Si se refiere a fotografía informativa, olvídelo —contestó Bárez.

—Lástima —repitió ella—. Para usted hubiera representado un sensacional éxito en su carrera.

—Después de lo de ayer, me enviaron, teóricamente, claro, a los campos de hierba *gyatt*. Además, como acémila.

Jadmila sonrió ligeramente.

—Tiene usted un humor magnífico —manifestó.

—Es lo que dijo mi ex director cuando me despidió. Yo le llamé infusorio mental y los dos nos quedamos tan contentos.

—Entonces, ahora no tiene trabajo.

—Como informador gráfico, no, ni lo quiero. Pero puedo recomendarle a unos amigos que...

—No, Frank, tenía que haber sido usted.

La insistencia de Jadmila picó la curiosidad de Bárez.

—Pero, bueno, ¿qué reportaje es ese? —preguntó.

—Fotografiar al Oráculo —contestó ella—. Gracias por la invitación, Frank —se despidió.

Y salió antes de que el asombrado Bárez tuviese tiempo de detenerla para pedirle una aclaración sobre su sorprendente respuesta.

* * *

Bárez llegó a su casa y se metió en el baño. Después de aseado convenientemente, empezó a prepararse la cena.

Sonó un zumbador. Bárez abandonó su tarea y se acercó al videófono.

Dio el contacto. La pantalla se iluminó, pero no vio ningún rostro.

—¿Bárez? —dijo una voz masculina.

—Sí. ¿Quién es usted? ¿Por qué no se pone delante del objetivo, para que le vea la cara?

—No es necesario —contestó el sujeto—. Hoy ha conocido a una chica llamada Jadmila Gersten.

—Encantadora —sonrió Bárez.

—Muy bien. Olvídela. Jadmila Gersten no existe. Eso es todo. Adiós.

La comunicación se cortó.

Bárez se quedó perplejo. ¿Por qué le decían aquello?

Era una especie de conminación. El tono de amenaza se percibía latente en las palabras de su desconocido comunicante.

—¡Bah! —dijo al cabo, encogiéndose de hombros—. Quizá sea un tipo demasiado celoso...

Cenó tranquilamente, olvidado del incidente. Cuando se disponía a acostarse, sonó de nuevo el timbre del videófono.

Bárez masculló una interjección de disgusto. Resignadamente, dio el contacto y entonces vio las bellas facciones de la joven.

—¡Jadmila! —exclamó, sin poder contenerse.

—Hola, Frank —saludó ella—. Quiero decirle una cosa...

—Yo también tengo que decirle algo y si no lo he hecho antes, ha sido porque no he tenido ocasión. Desconozco su domicilio, ¿sabe?

—¿Acaso acepta la proposición que le hice esta tarde?

—Despacio, Jadmila. Hace cosa de dos horas me llamó un desconocido. No amenazaba, pero lo dejaba entender claramente. Dijo que debía olvidarla a usted, vamos, que hiciera como si no existiese.

—Curioso —observó ella—. ¿Quién era, Frank?

Bárez se encogió de hombros.

—No me lo pregunte —respondió—. No se dejó ver la cara ni se puso delante del objetivo.

Jadmila suspiró.

—Ya me parecía a mí que tardaban demasiado en actuar —murmuró—. En fin, por lo menos, nos hemos puesto en contacto. Gracias por sus informes, Frank.

—No hay de qué, Jadmila, pero, si no recuerdo mal, usted tenía que decirme algo.

—En efecto —convino ella—. Frank, vaya mañana a la Biblioteca Pública. Consulte la Enciclopedia Galáctica; tomo XLVI, página dos mil ciento cuarenta.

—¡Caramba! ¿Qué hay en ese tomo?

—Lea la primera anotación de la página citada —insistió Jadmila—. Eso es todo.

—Pero...

La figura de Jadmila desapareció de la pantalla. Bárez entendió que la joven había cortado la comunicación.

Apretó el botón de cierre. De pronto, se acordó que no había tomado su diaria pastilla de *gyattina*.

Había una cajita en la mesa del videófono. Bárez levantó la tapa y sacó una pastilla de forma lenticular y color verde pálido, que dejó disolver lentamente en la boca.

Luego se fue a la cama. Pensó un momento en los incidentes que le habían sucedido durante el día, pero, a los pocos instantes, se quedó dormido como un leño.

La Biblioteca Pública era un gigantesco edificio de corte neoclásico, que ocupaba el espacio de varias manzanas. Una enorme columnata sostenía el frontón de la fachada principal y los basamentos de las columnas se apoyaban en la plataforma superior de la gran escalinata de acceso.

La gente entraba y salía continuamente de la Biblioteca. En aquel inmenso edificio se albergaba cuanto se conocía acerca del saber humano en todas sus ramas: arte, ciencia, literatura, filosofía... Bárez había estado en alguna ocasión para una consulta y nunca había salido defraudado.

Subió la escalinata paso a paso. Atravesó la explanada superior y entró en el edificio.

Había un par de vigilantes que se paseaban aburridamente por el anchuroso vestíbulo. Al fondo, divisó una hilera de máquinas de consulta.

Casi todas estaban ocupadas por personas que querían saber a qué lugar de la Biblioteca debían dirigirse para examinar el libro que deseaban leer. Bárez eligió una máquina libre y sin la menor vacilación, escribió:

"Enciclopedia Galáctica, tomo XLVI, página 2.140."

Luego esperó.

Cinco segundos más tarde, se iluminó una pantalla que había encima del teclado de pregunta:

"Cuarto Piso, sala IV, lectora 37.a", fue 1a respuesta.

Bárez memorizó la indicación. Luego presionó un botón y la pantalla se apagó.

Inmediatamente, se dirigió a uno de los ángulos del vestíbulo, donde había algunas escaleras automáticas. Momentos después, aparecía en la cuarta planta.

Había varias puertas. Bárez buscó la señalada con la cifra IV y pasó al interior.

La cifra indicativa era claramente visible en la parte superior del artefacto. Bárez llegó ante la máquina número 37 y se sentó en el cómodo sillón que había ante la mesa.

Presionó un botón. La respuesta no se hizo esperar.

Una gran pantalla se iluminó frente a él. La página solicitada apareció ante sus ojos, aumentada cuatro o cinco veces su tamaño normal.

El primer párrafo se refería a una mujer:

"KTINIA DE KTINN. Origen, terrestre. Sexo, hembra. Nacida el 11 agosto 2021, si bien se desconoce exactamente el lugar de su nacimiento. Fue la descubridora de las propiedades estimulantes de la hierba *gyatt*, cuyo alcaloide, la *gyattina*, supo aislar primero y sintetizar después, por lo que se le concedió el Premio Nobel-Galaxia en 2054, un año después de su descubrimiento. Casada con el profesor Barry Orms, de quien no tuvo descendencia. Desaparecida durante la expedición científica a Ronglare 60, sin que su cuerpo fuese hallado jamás. La expedición se realizó en 2055..."

Báñez se preguntó por qué diablos tenía él que enterarse de la vida de una mujer que había nacido nada menos que trescientos años antes. Pero no tuvo tiempo de seguir haciéndose reflexiones.

La máquina empezó a soltar humo por las juntas. Un oscuro instinto le hizo ponerse en guardia.

Un grito de alarma brotó de sus labios, rompiendo el religioso silencio de la sala. Al mismo tiempo, se lanzaba a un lado, rodando sobre sí mismo para guarecerse tras el sillón.

Un segundo después, se producía la explosión y la máquina saltaba en mil pedazos.

CAPITULO III

Bárez se miró al espejo, en el cuarto de baño de su casa.

—De buena me he librado —masculló.

Todavía temblaba al recordar el suceso ocurrido en la Biblioteca Pública. El sillón le había salvado la vida.

Pero el hombre que tenía a su derecha, leyendo en otra máquina contigua había muerto y algunos lectores más habían sufrido heridas de diversa consideración.

De pronto, llamaron a la puerta.

Bárez arqueó las cejas.

—¿Quién diablos será a estas horas? —masculló.

Abandonó el baño, cruzó el dormitorio y llegó al salón. Abrió la puerta y se encontró cara a cara con Jadmila Gersten.

—Hola —dijo la chica.

—Hola —sonrió él—. ¿Quiere entrar?

—Gracias.

Jadmila cruzó el umbral. Era una muchacha de aventajada estatura, calibró Bárez. Ahora vestía una especie de chaquetilla, muy corta, poco más que un corpiño, que dejaba la cintura al descubierto, y unos pantalones muy ajustados, cuyo borde inferior terminaba a unos centímetros de la rodilla. Las dos prendas eran de color gris plata.

En la mano llevaba un pequeño bolso del mismo tejido. Bárez le indicó el diván.

—Siéntese. Le prepararé algo de beber.

—Café, por favor.

—Muy bien.

Bárez dispuso dos tazas, trajo agua caliente, azúcar y un tubo con tabletas de café instantáneo.

—He estado en la Biblioteca Pública —dijo, mientras le ofrecía el tubo de tabletas, ya abierto.

—He leído las noticias en el diario televisado —manifestó Jadmila tranquilamente—. Creo que se ha salvado de milagro.

—Bueno, he pasado un mal trago, aunque, la verdad, no comprendo cómo pudo explotar la máquina lectora.

—Debieron de colocar algún explosivo en su interior, con la espoleta graduada a una temperatura determinada. Usted sabe que siempre se origina algo de calor en una máquina de lectura, como en un videófono o en cualquiera otro aparato en el que haya una pantalla de rayos catódicos.

—Sí, lo sé. El aumento de temperatura es mínimo, pero evidente.

—En tal caso, no cabe la menor duda. La espoleta funcionó cuando el termostato incorporado alcanzó determinada temperatura.

—Muy bien, pero antes salió humo...

—Tal vez esa espoleta tenía mecha —sugirió Jadmila.

—Muy probable —admitió él—. El termostato causó el funcionamiento de la espoleta, la cual, a su vez, encendió la mecha, que provocó la explosión segundos más tarde. Pero ¿no le parece un artefacto demasiado complicado?

—Falta de sitio —dijo Jadmila—. El que puso la bomba tuvo que dividirla en dos partes, a causa de la escasez de espacio en el interior de la lectora. Termostato con espoleta en un lado y explosivo en otra. La mecha, naturalmente, ocupó muy poco sitio y enlazaba ambas partes.

—Una hipótesis muy plausible. Pero ¿cómo no le explotó a otro antes?

Jadmila sonrió.

—He investigado —dijo—. La lectora número treinta y siete estuvo en avería todo el día, hasta minutos antes de su llegada.

—O sea que la bomba sólo debía funcionar cuando yo estuviese delante de la máquina.

—Exactamente.

Bárez apuró el café.

—No lo entiendo —dijo—. ¿Por qué querían matarme?

—Hay una razón muy poderosa —explicó Jadmila—. Usted no ha querido ignorar mi existencia.

—Eso no es imposible —barbotó él—. Pero la razón no me conviene; no la encuentro completa.

Ella suspiró.

—Usted leyó todo lo referente a la doctora Ktinia de Ktinn —dijo.

—Sí, aunque no comprendo nada en absoluto de lo que está sucediendo. El descubrimiento de la hierba *gyatt* pudo ser importante en su tiempo, es decir, hace trescientos años. Hoy...

—Hoy, lo importante es hallar al Oráculo.

Bárez se quedó mirando fijamente a la muchacha, como si temiera hallarse ante una loca.

Jadmila continuó:

—¿Se ha preguntado usted alguna vez por el sexo de esa persona a la que todos llaman el Oráculo?

—No, nunca, ni me ha importado jamás. Mire, Jadmila, adivinar mi futuro es cosa que jamás me ha quitado el sueño. Algunos sí, creen en los adivinos y en sus profecías, pero yo... Vamos, no me haga usted reír.

—No lo intento siquiera, Frank —respondió Jadmila—. Pero ¿qué pasaría si el Oráculo fuese una mujer?

—La llamarían Sibila —rezongó él.

—Justamente.

—¿Acaso el Oráculo es una mujer?

—Puede ser, Frank.

Bárez sacudió la cabeza.

—Nadie le ha visto jamás ni se sabe siquiera dónde está...

—Entonces, ¿cómo emite sus vaticinios?

—Bueno, debe de tener su pandilla de... digamos empleados, a quienes no les interesa se conozca la verdadera identidad de ese

Oráculo o Sibila, quienquiera que sea, hombre y mujer. Tal vez, si se supiera la verdad completa, su prestigio desaparecería como por ensalmo.

—Lo veo muy difícil, Frank.

—¿Por qué, Jadmila?

—Hasta ahora, todas las profecías de ese misterioso ser, han resultado ciertas. Y si no, recuerde lo que le pasó al candidato a gobernador general.

Bárez hizo un signo de asentimiento.

—Eso sí es cierto —convino—. ¿Tiene el Oráculo el don de la clarividencia?

Jadmila se encogió de hombros.

—No lo sé, pero ¿verdad que resultaría fascinante entrevistarle y tomar algunas fotografías suyas?

—¿Accedería? —preguntó Bárez.

—Valdría la pena intentarlo, Frank.

—¿Es usted periodista? ¿Para quién trabaja?

—Para mí, Frank.

—No sé, Jadmila. No acabo de entenderla... ¿Dónde diablos está el Oráculo?

—Eso es lo que debemos averiguar —contestó ella—. Es decir, si accede a mis proposiciones.

—Bueno, lo confieso, sería un éxito periodístico. Todo el mundo habla de ese enigmático personaje, pero nadie lo ha visto jamás. ¿Por dónde empezar, Jadmila?

La muchacha fue a decir algo, pero, en aquel momento, alguien llamó a la puerta de la casa.

—Si esto sigue así —rezongó Bárez, mientras se levantaba del sillón—, ya no sabré si vivo aquí o en la plaza pública.

* * *

Abrió la puerta. Dos individuos, elegantemente vestidos a la última moda, aparecieron ante sus ojos.

—¿Señor Bárez? —dijo uno de ellos.

—Yo mismo. ¿Qué desean? —contestó el interpelado.

—Queremos hablar con usted, señor Bárez. Me llamo Gor Frows. Mi compañero es Hyrman Uk.

—Uk —repitió Bárez—. Parece un apellido...

—De Psarvis II —confirmó amablemente Hyrman Uk—. ¿Podemos pasar?

—Sí, entren —accedió Bárez—. Les presento a la señorita. ..

El joven se calló.

Jadmila estaba en pie, en el centro del salón, apuntando con un arma a los recién llegados.

—Echelos, Frank —ordenó.

Bárez respingó:

—Un momento, Jadmila —dijo—. Guarde ese chisme. Es una pistola de luz sólida y a mí esa clase de artefactos me han dado siempre un pánico horrible.

—Si conociera a esos dos tipos, aún sentiría más miedo, Frank.

Bárez se volvió hacia sus visitantes.

—¿Qué dicen ustedes? —preguntó.

Frows se echó a reír.

—Esa chica es una bromista —contestó, a la vez que separaba las manos del cuerpo—. No vamos armados ni somos peligrosos, puedo asegurárselo.

—¡Miente! —gritó Jadmila excitadamente.

Bárez se enfureció.

—¡Jadmila! Está usted en mi casa, no lo olvide.

—Muy bien —contestó ella, a la vez que se dirigía hacia la puerta—. El director de su periódico le dijo que podía irse a los campos de hierba *gyatt*, pero como acémila. Yo opino que incluso acémila es demasiado para usted; debiera haber ido como burro, que también se emplean. ¡Adiós!

La puerta se cerró con fuerza.

—Enérgica la chica, ¿eh? —comentó Uk.

—Tiene su genio, en efecto —convino Bárez—. ¿Y bien, caballeros?

—Se trata de la fotografía que tomó usted en el momento de la muerte del candidato Moore-Linz —expresó Frows.

—¿Cómo? —Bárez enarcó las cejas, sorprendido.

—Sí —insistió Frows—. Usted tomó una fotografía en el preciso instante en que...

—Temo que ustedes se equivocan —cortó el joven—. Cometí un error y no impresioné ninguna placa del suceso.

—Pero usted estaba allí —alegó Uk.

—Cierto. Sin embargo, lo crean o no, y esto es lo que motivó mi despido, me olvidé de quitar el seguro a la cámara. Cuando apreté el disparador, el obturador no funcionó.

Uk y Frows cambiaron una mirada.

—Nos gustaría comprobarlo —dijo el primero.

—Caballeros, me ofende que duden de mi palabra —rezongó Bárez, un tanto irritado—. Yo apreté el disparador, es cierto, pero luego, al examinar la cámara, vi el indicador de disparo en rojo. Eso indica, como ustedes no ignoran, sin duda alguna, que el obturador no ha funcionado. Cuando la placa se impresiona, el indicador de disparo queda en verde, es decir, lista la cámara para un nuevo disparo, ya que el paso de las placas se produce automáticamente. Acababa de poner un paquete de placas completamente nuevo y la muerte de Moore-Linz hubiera sido la primera fotografía. Como no impresioné aquel momento, el más importante de la jornada, mi director me puso bonitamente de patitas en la calle.

—Parece una explicación convincente —dijo Frows.

—Lo es —insistió Bárez.

—En tal caso —manifestó Uk—, le presentamos nuestras excusas.

—Y le rogamos se sirva aceptarlas —añadió el otro.

—Están disculpados —sonrió Bárez—. Ahora bien, díganme por

qué les interesa tanto esa fotografía.

—Interés periodístico —explicó Uk.

—¿Son ustedes reporteros?

—Pertenece a *Crítica*, de Psarvis II —declaró Frows.

—Ah —murmuró Bárez—. Siendo así...

Los dos individuos se marcharon. Bárez quedó solo y no de muy buen humor.

—Todo esto es demasiado jaleo para mí —mascullo—. Jadmila les ha calificado de forajidos y hasta los ha amenazado con un arma. Pero ¿por qué?

Como Jadmila no estaba presente para darle explicaciones, Bárez no tuvo otro remedio que tomarse su cotidiana tableta de *gyattina* y meterse en la cama.

Poco después, dormía profundamente.

CAPITULO IV

Se oyó un ligero ruidito.

Bárez abrió un ojo, sin abandonar su postura en la cama. El ruidito se repitió a poco.

Se sentó en el lecho. Sintió que se le erizaban los cabellos.

Había alguien en el piso. ¿Iban a robarle?

¿O quizá querían asesinarle?

Recordó la amenaza de la cual no había hecho caso. ¿Trataban de llevarla a la práctica?

Silenciosamente, abandonó la cama, con una manta fina en las manos, y se escondió tras la puerta.

Alguien abrió ligeramente. Un rayo de luz, procedente de una linterna de objetivo muy pequeño, exploró parte del dormitorio.

El círculo luminoso se detuvo sobre una cámara fotográfica, situada encima de una estantería de decoración. El intruso avanzó paso a paso hacia la máquina.

Bárez le arrojó encima la manta. El hombre lanzó un gruñido y trató de desenredarse de aquel estorbo.

Los dos hombres forcejearon. Bárez golpeó al intruso, pero, de repente, recibió un codazo que le hizo retroceder, a la vez que emitía un ahogado grito de dolor.

El intruso se desembarazó al fin de la manta y echó a correr hacia la salida. Bárez se rehízo y corrió tras él, lanzándose a sus piernas.

Sonó un juramento de cólera. El ladrón cayó al suelo, pero era hombre ágil y consiguió deshacerse de la presa. Se incorporó de un salto, ganó la puerta y desapareció.

Bárez quedó en el suelo, maldiciendo entre dientes, aunque, en medio de todo, considerándose hombre afortunado al haber salido con bien de la refriega. Se puso en pie y encendió la luz.

El ladrón no había conseguido consumir sus propósitos. La

cámara fotográfica yacía en la alfombra.

Se inclinó y recogió el artefacto.

—Pero si les he dicho que no funcionó...

Perplejo, quedó unos momentos irresoluto, sin saber qué hacer. ¿Debía llamar a la policía?

El ladrón debía estar llegando a la calle, calculó. El vivía en un piso bastante elevado.

Se acercó a la ventana. Un hombre salía en aquel momento de la casa, tratando de huir a la carrera.

Alguien le salió al encuentro. El fugitivo sacó un arma.

Jadmila Gersten se le anticipó. Apretó el gatillo de su pistola y un chorro de luz blanquísima, brotó de la boca del cañón, alcanzando de lleno al individuo, quien se desplomó, instantáneamente fulminado por la descarga.

Bárez se quedó con la boca abierta. ¿Qué hacía Jadmila allá abajo?

La chica guardó la pistola. Luego sacó de su bolso algo que parecía un diminuto transmisor de radio y habló unos instantes con un invisible interlocutor. Al terminar la transmisión, guardó también el aparato de radio y echó a andar resueltamente hacia la casa.

* * *

—La puerta está abierta —dijo Bárez, cuando oyó pasos en el corredor.

Jadmila abrió y le miró fijamente.

—Celebro encontrarle vivo —dijo—. Había temido lo peor.

—El muerto no quería matarme, al parecer —contestó él—. Pero pase de una vez y cierre la puerta.

Jadmila asintió, a la vez que se ajustaba maquinalmente sobre el hombro la correa de su bolso.

—La he visto matar a un hombre —dijo Bárez.

—Defensa propia —alegó ella.

—Sí, vi que el otro quería disparar contra usted. ¿Lo hace a

diario, Jadmila?

—No sea cáustico. Es la primera vez que me pasa y, aunque no lo crea, me tiemblan las piernas.

Bárez sonrió.

—Las tiene muy bonitas —dijo maliciosamente.

—Será mejor que me dé una copa. La estoy necesitando.

—Muy bien, Jadmila.

Bárez sirvió las copas. Luego dijo:

—¿Con quién habló después de matar al ladrón?

—Unos amigos —respondió Jadmila—. Vendrán a hacerse cargo del cadáver.

—¿A qué organización secreta pertenece? —preguntó Bárez.

—A usted debe bastarle saber que no es una organización ilegal, Frank. Lo que hice fue en cumplimiento de mi deber.

—Una misión especial, ¿eh?

—Así se podría calificar, Frank.

—Y, por dicha razón, vigilaba mi casa.

—Justamente. Pero llegué un poco tarde; el tipo había entrado ya.

—¿Lo ha identificado?

—Estuvo aquí por la tarde. Era Frows.

—Yo no pude reconocerle. Peleamos a oscuras, pero ganó él y pudo escapar.

—¿A qué vino, Frank?

Bárez palmeó la cámara, que estaba encima del aparador.

—Quería llevársela —dijo.

Jadmila abrió mucho los ojos.

—Pero usted no hizo ninguna fotografía en el momento de la muerte de Moore-Linz —exclamó.

—Eso es lo que yo creía, Jadmila —sonrió él—. Sin embargo, estaba equivocado. El obturador funcionó.

—¿Cómo?

—Debió de producirse una avería en el sistema de cambio de luces del indicador y permaneció el rojo, tras impresionar la placa. Luego se produjo un barullo espantoso y a mí me derribaron. Milagro que pude salvar la cámara.

—¿Y no tomó más fotografías?

—No. Escapé corriendo para llevarla al periódico; la muerte de Moore-Linz era lo más importante. Sólo cuando ya llevaba un cuarto de hora de camino me di cuenta de que el indicador continuaba en rojo, lo que señalaba sin lugar a dudas que la cámara no había funcionado. Pero, en aquellos momentos, ¿cómo saber que se trataba de una desafortunada avería?

Jadmila asintió.

—¿Cómo lo ha averiguado ahora? —preguntó.

—Bueno, la insistencia de Frows me preocupó. Imagino que no creyeron del todo mi negativa y por eso vino Frows, dispuesto a llevarse la cámara. Después de que escapó, se me ocurrió mirarla y...

—¿Y...? —dijo ella, ansiosamente.

Bárez levantó una revista. Debajo de la misma, apareció una cartulina de unos doce centímetros de ancho por quince de largo.

La imagen era en colores naturales. Bárez añadió:

—Usted no ignora que la primera placa se toma con película de revelado instantáneo. Luego, si conviene, se amplía.

—Sí, eso ya lo sé —admitió Jadmila.

—Bien, como puede ver, es la escena del asesinato o de la muerte de Moore-Linz, como quiera llamarlo, tomada una fracción de segundo antes de que se produjera la avería en su escudo individual de energía, que es lo que causó su fallecimiento por electrocución. Pero no sé qué interés pueda tener esta fotografía; hasta ahora, yo no he visto nada de particular.

—Hay otro hombre cerca de usted —observó la joven.

—Sí, había otro fotógrafo conmigo en el exterior. Yo quedé unos

dos metros tras él y casi otro tanto a su derecha. El objetivo de la cámara tiene un gran campo y por eso lo ha captado a la izquierda de la imagen, no todo el cuerpo, sino un poco más de la mitad, en sentido longitudinal, es decir, de arriba abajo.

—En efecto. Se le ve parte de la cara y las manos, empuñando la cámara. Pero la imagen resulta todavía un tanto pequeña.

—Espere —dijo Bárez—, traeré una lupa.

Se metió dentro de la casa y volvió a poco con una lupa muy potente. Jadmila examinó la fotografía con detenimiento y, a los pocos segundos, exclamó:

—Estoy viendo algo que no me parece normal en una cámara fotográfica.

—Permítame —rogó él.

Ella le entregó fotografía y lupa. Bárez examinó la primera atentamente.

—Sí, aquí, junto al objetivo de la cámara aparece; una cosa extraña, una pequeña prolongación tubular que no parece lógica —dijo al cabo—. Jadmila, si no tiene inconveniente, haré que los expertos examinen la fotografía con más detenimiento.

—Conserva usted el negativo, supongo —dijo.

—Desde luego.

—Guárdelo bien, es un consejo de amiga —manifestó Jadmila, a la vez que tomaba el bolso para irse hacia la puerta.

—¿Teme usted...?

—Temo muchas cosas, sobre todo, desde que intentaron matarle en la Biblioteca Pública. —Con la mano en el pomo, Jadmila se volvió y le miró fijamente—. ¿Sabe que esa fotografía podría ser la prueba del asesinato de Moore-Linz?

Bárez se quedó boquiabierto.

—Pero ¿por qué lo mataron? No era un político mejor ni peor que otros, ni su programa de actuación encerraba nada excepcionalmente nuevo o revolucionario. Teóricamente, no había motivos para el asesinato.

—Olvida usted uno, el más poderoso —dijo la muchacha.

—¿Cuál, Jadmila?

—La profecía del Oráculo debía cumplirse, Frank —respondió ella, muy seria.

Abrió la puerta y salió, dejando a Bárez sumido en una absoluta perplejidad.

—De modo que Moore-Linz murió sólo porque debía cumplirse la profecía del Oráculo —murmuró.

* * *

—Eso significa que alguien mató a Moore-Linz sólo porque se cumpliera la profecía del Oráculo —exclamó Bárez, a la vez que daba, un fuerte golpe sobre la mesa—. La profecía no tenía que cumplirse, no se hubiera cumplido, pero sucedió así, sólo para que ese misterioso ser no quedase en ridículo.

Hubo un momento de silencio. Dolber Tsed, director del periódico del que Bárez había sido despedido, miraba al joven de hito en hito.

—¿Está usted seguro? —preguntó al cabo.

Bárez le señaló la ampliación de la fotografía, que ahora era de tamaño tres o cuatro veces superior al original.

—Ahí está la prueba —contestó—. Se ve claramente que la cámara del otro fotógrafo contiene un arma desconocida, que fue lo que provocó el fallo en los generadores del escudo de energía de la víctima. En una palabra: no era un fotógrafo, sino un asesino.

—Empiezo a creer que tiene usted razón, Bárez —dijo el director.

—Naturalmente que la tengo —dijo el joven excitadamente—. Usted se precipitó al despedirme...

—Hombre, Frank, póngase en mi caso. Pudo tomar la mejor fotografía del suceso y me vino diciendo que había fallado. Usted hubiera hecho conmigo lo mismo, ¿no?

—Prefiero no pensarlo, jefe. El caso es que Moore-Linz ha muerto y ello ocurrió no por el vaticinio del Oráculo, sino, precisamente, para que se cumpliera tal vaticinio. ¿Lo entiende ahora?

—Sí, pero ¿qué hacer? —dijo Tsed en tono vacilante.

—Yo le daré una solución, jefe. Déjeme investigar a fondo, deme carta blanca y le aseguro que tendrá el mejor reportaje de todos los tiempos. Naturalmente, no me pida un plazo, sino sólo resultados, ¿comprende?

Tsed se reclinó en un sillón.

—Ha pedido carta blanca —repitió.

—Sí —confirmó Bárez con desenvoltura.

—Eso exigirá gastos.

—El periódico es rico y el asunto merece la pena.

Tsed se enderezó de pronto, alargó la mano y escribió algo en una libreta, arrancando la hoja a continuación.

—Ahí tiene —dijo—. Una primera y nada escasa provisión de fondos. Pero usted lo ha dicho antes: no le señalo un plazo; sólo le pido resultados.

—Descuide, jefe.

Bárez se dirigió hacia la puerta. El director le llamó, cuando se disponía a salir.

—Frank, ¿por dónde va a empezar usted? —inquirió.

El joven sonrió.

—Por el principio, naturalmente —contestó—. Solicitar una profecía del Oráculo parece lo más lógico en estas circunstancias, ¿no cree?

Y mientras Tsed asentía, Bárez abandonó el despacho, silbando alegremente, en dirección a la caja del periódico, en donde iba a cobrar la sustanciosa suma para gastos que le había sido concedida.

* * *

Al atardecer, Bárez contempló la casa de forma esférica, situada en un lujoso barrio residencial, en medio de un pequeño pero bien cuidado jardín, adornado con un par de artísticos surtidores.

La casa estaba situada a seis metros del suelo, sostenida por una sólida columna de metal, en cuyo interior, además del ascensor que permitía el acceso al edificio, se hallaban las canalizaciones de

servicios, así como las líneas de energía y videofónicas. La esfera disponía de grandes ventanales, repartidos en dos plantas, pero espesas cortinas rojas impedían la visión del interior del singular edificio.

A la entrada del jardín, sostenido por un artístico poste de hierro forjado, había un cartel:

EL ORACULO

Profecías personales.

Vaticinios en general.

Consultas:

Lunes a jueves,

de 0015 a 0021.

Bárez sonrió divertido al leer el rótulo. Se preguntó qué cara tendría aquel misterioso personaje que se hacía llamar, simplemente, el Oráculo.

—Eso es algo que nadie ha podido ver hasta ahora —murmuró.

Y avanzó resuelto hacia el edificio.

CAPITULO V

En la base de la columna había otro cartel, que señalaba un botón que servía para hacer funcionar el ascensor. El cartel indicaba que el ascensor no funcionaría mientras no se encendiese una lámpara piloto color verde. Si se encendía, el visitante debía penetrar en el ascensor y dejarse transportar automáticamente hasta la sala de consulta.

Bárez presionó el botón de llamada. La lámpara verde se encendió y la puerta del ascensor se descorrió por sí sola.

Entró en la caja y el aparato se elevó silenciosamente. Bárez pudo darse cuenta de que era una simple plataforma, al aparecer en una estancia de forma cuadrada, con paredes forradas de espesas cortinas negras.

La estancia ofrecía un aspecto tétrico con aquella singular decoración, alumbrada, además, por una lámpara de vivo color rojo, situada en el techo. A dos pasos de la plataforma ascensor, Bárez divisó una especie de pupitre de escolar, con un teclado y una silla de escueto respaldo.

Una voz, que parecía provenir de las profundidades de la Tierra, le sobresaltó bruscamente.

—¿Qué es lo que desea? Hable sin temor, le oiré perfectamente.

Bárez, impresionado a su pesar, tragó saliva.

—Quiero que me haga la profecía de mi futuro —declaró.

—Está bien. Siéntese ante el teclado.

—Sí, señor..., ¿o es señora?

La voz permaneció silenciosa. Bárez se sentó y lo expresó así.

—Muy bien. Ahora escriba su nombre y apellido o apellidos.

—Ya está —anunció Bárez al terminar.

—Deberá continuar relatando todos sus datos personales y leyéndolos en voz alta al mismo tiempo. Yo le iré dictando... Edad... Estado civil... Fecha de nacimiento... Nombre de los padres... Profesión... Lugar de nacimiento y nacionalidad... Enfermedades...

Aficiones...

Fue un interrogatorio exhaustivo, que duró cerca de media hora. Al fin, el Oráculo se dio por satisfecho.

—Tendrá la respuesta dentro de cuarenta y ocho horas, previo pago inmediato de mil francos galácticos.

Bárez saltó en su asiento.

—Mil... De acuerdo, está bien, pagaré.

—Introduzca el dinero en la ranura superior, encima del teclado. Si se comprueba engaño, no se le permitirá salir de la casa.

Bárez lanzó un bufido.

—Es el doble de mi sueldo mensual —masculló.

Por fortuna, pagaba el periódico, pensó, al introducir diez billetes de a cien francos cada uno en la ranura señalada.

—Ya está —anunció.

—Tenemos su domicilio —dijo la voz—. El resultado se le enviará bajo sobre cerrado, garantizando la entrega y la discreción.

—Yo creí que la profecía se hacía de un modo instantáneo —dijo el joven, extrañado.

—Necesitamos hacer un concienzudo análisis de todos los datos que usted nos ha suministrado. Eso es todo. Gracias por su visita.

Bárez se puso en pie. De súbito, acometido por una inexplicable inspiración, corrió hacia las cortinas y las apartó ligeramente a un lado.

Se quedó muy chasqueado. Al otro lado de las cortinas sólo había una pared de metal, completamente opaca.

El Oráculo anunció:

—Sitúese sobre la plataforma. Vamos a llevarle al exterior.

Bárez lo hizo así. Instantes después, se hallaba al nivel del suelo del jardín.

A la salida, se cruzó con un hombre que, evidentemente, iba a realizar también una consulta sobre su porvenir. El individuo volvió la cabeza a un lado, como si no quisiera ser reconocido.

—Otro tonto que va a tirar mil francos galácticos —se dijo.

Y emprendió el camino de regreso sin perder más tiempo.

* * *

Cuando se disponía entrar en casa, vio la silueta de una mujer parada en el quicio de la puerta.

Se acercó a ella, asombrándose al reconocerla.

—¡Jadmila! ¿Pero qué...?

Ella se puso un dedo en los labios.

—Cuidado —dijo en voz baja—. No me espante la caza.

Bárez se dio cuenta de que Jadmila tenía los ojos fijos en un punto determinado. Ella, bruscamente, le agarró por un brazo y lo hizo entrar en el portal.

—Quédese ahí, Frank —indicó.

—Pero ¿no va a decirme de qué se trata? —exclamó él, impaciente.

—Espere un poco.

Jadmila sacó su transmisor de radio y se lo pegó al oído.

—Lirio Uno a Lirio Cinco. ¿Hay novedades? Conteste. Cambio.

—Lirio Cinco a Lirio Uno. Tengo localizado al sujeto. Está en la casa frontera, piso decimoctavo. Cambio.

—Muy bien. ¿Lo ha identificado?

—Sí, Lirio Uno. Es el mismo que mató a Moore-Linz. Ahora está montando un fusil telescópico con proyectil integrante.

—¿Puede decirme adonde apunta ese fusil, Lirio Cinco?

—Sí, precisamente al objetivo que sospechábamos.

—Está bien, Lirio Cinco. Proceda a la detención del sospechoso.

—Enterado, Lirio Uno.

Jadmila guardó el transmisor y se volvió hacia el joven.

—He dejado deliberadamente el volumen a mayor potencia de lo normal —dijo—. Me supongo que habrá oído todo lo que hemos hablado.

—Sí —contestó Bárez—, aunque no entiendo...

—Quieren asesinarle, Frank.

Bárez respingó.

—Pero ¿qué demonios he hecho yo? —se asombró.

—Estorba —dijo Jadmila escuetamente.

—¿Por qué no me metería yo a profesor en un jardín de infancia? —se lamentó el joven—. Es un oficio mucho menos arriesgado... Oiga, Jadmila, ¿qué diablos quiere decir eso de proyectil integrante?

—Bueno, la bala de ese fusil se integra con el cuerpo en cuestión de segundos. Es una especie de "digestión" casi instantánea. La víctima es herida o muerta, pero el proyectil no se encuentra jamás, "integrado", como su nombre indica, con el organismo. A veces, ese proyectil es normal, pero también puede contener un potente veneno, cuando se quiere que la víctima muera de todas maneras.

Bárez se estremeció.

—¡Qué vida ésta! —masculló—. ¿Mataron a Moore-Linz con uno de esos proyectiles integrantes?

—No...

Algo interrumpió a la muchacha. Arriba, en la casa del otro lado de la calle, sonó un alarido espeluznante.

Un bulto descendió hacia el suelo a gran velocidad. El horrible chillido se cortó en seco por un sonido no menos espeluznante.

Bárez volvió los ojos. No quería contemplar aquel cuerpo humano convertido en pulpa sobre el duro pavimento de la acera.

Jadmila se estremeció también, pero no tardó en recobrarse y sacar de nuevo su transmisor de radio.

—Lirio Uno a Lirio Cinco. Conteste. ¿Qué ha pasado?

—Lirio Cinco a Lirio Uno. Lo siento. Me atacó. Tuve que

defenderme y le golpeé con su propio fusil. Estaba demasiado cerca de la ventana y...

—Basta, Lirio Cinco —atajó Jadmila—. Es suficiente. Informe de lo ocurrido y disponga todo para la recogida del cuerpo. Traten de hallar conexiones del muerto con otras personas. Eso es todo.

Jadmila cortó la comunicación y se volvió hacia Bárez.

—¿Me invitas a tomar algo en tu casa? —consultó.

—La necesidad de una copa es evidente —respondió Bárez.

* * *

—De modo que has estado en la consulta del Oráculo.

—Así es, Jadmila.

—¿Qué has sacado en limpio de tu consulta, Frank?

—Quizá te parezca un chiste, pero lo que he conseguido es opinar que se trata de algo sucio, Jadmila.

—¿Por qué dices eso?

—Me han cobrado mil francos galácticos por la petición de profecía.

—No está mal —contestó la joven.

Bárez se sulfuró.

—¿Cómo que no está mal? Mil francos es el doble de lo que yo gano al mes. El Oráculo tiene una clientela muy nutrida y son ocho horas de consulta durante cuatro días de la semana. Cada consulta dura escasamente media hora, de modo que puede atender hasta a dieciséis clientes por jornada.

"Pero aun suponiendo que sólo reciba ocho solicitantes cada día, a mil francos cada uno, suman treinta y dos mil en los cuatro días hábiles, lo que multiplicado por cincuenta y dos semanas, da una suma total de un millón seiscientos sesenta y cuatro mil francos galácticos anuales.

—Lo que da para pagarte a ti el sueldo de más de tres millones de meses —dijo Jadmila de buen humor.

—La cosa no es para que la tomemos a broma —refunfuñó él.

—Cierto. El Oráculo es el más caro de todos los videntes y adivinos que pululan por estas latitudes, pero habrás de convenir conmigo que es el único que no falla.

—Hombre —exclamó Bárez—. Si predice la muerte de un sujeto y luego ordena que lo asesinen, así cualquiera adivina el porvenir.

Jadmila meneó la cabeza.

—La muerte de Moore-Linz no se debió únicamente al deseo de confirmar un vaticinio. Hay algo más importante en el fondo del asunto, que no logro adivinar —manifestó.

—En el plan en que se hacen las consultas al Oráculo, no lo adivinarás jamás —dijo Bárez.

—Cuéntame —pidió ella—. No he estado nunca en la casa de ese misterioso individuo.

Bárez le relató minuciosamente todo lo que había hecho para llegar a la sala de consulta. Jadmila le escuchó con gran atención, sin interrumpirle un solo instante.

—De modo que no viste a ningún ser vivo —dijo ella, cuando Bárez hubo concluido su narración.

—A nadie —confirmó el joven.

—Probablemente, estabas siendo observado desde otra habitación.

—Yo también lo creo así, pero, que yo sepa, la cámara de consulta no tiene otra salida ni otra entrada que la del ascensor.

—Bueno —sonrió Jadmila—, en esa casa hay más de un truco. Lo que hace falta es saber encontrarlos todos.

—¿Te sientes tú capaz de hacerlo?

Jadmila entornó los ojos, reclinada en el diván.

—¿Por qué no? —contestó.

Bárez hizo un gesto de asentimiento.

—A mí también me gustaría conocer esa casa —manifestó.

—Podemos organizar una expedición —sugirió ella.

—A horas fuera de consulta.

—Mejor todavía: durante cualquiera de los tres días de la semana que no recibe visitantes.

—Es cierto —convino Bárez—. Hoy es martes..., podemos ir el viernes a la media noche, por ejemplo.

—De acuerdo.

—Ahora sólo falta quedar en un sitio para reunirnos...

—En mi casa —decidió Jadmila.

—¿Dónde vives?

—Vía Estelar, 816, planta setenta y siete, letra A. Bárez silbó.

—No vive cualquiera en esa calle —dijo.

—Yo no soy un personaje cualquiera —contestó Jadmila, a la vez que se ponía en pie.

Con las manos se alisó la falda, cortísima, a la vez que sacaba el pecho maliciosamente.

—No, no eres un personaje cualquiera —concordó Bárez.

Y avanzó hacia ella, pero Jadmila le rechazó suavemente.

—Nuestra alianza es de mero interés común —dijo.

—Hay otra clase de intereses también comunes entre un hombre y una mujer —alegó Bárez.

—No te precipites —aconsejó Jadmila. Recogió su bolso y se dirigió hacia la puerta—. Ten cuidado, Frank.

—No me amargues la noche —rezongó el joven.

—Cierra la puerta bien antes de tomar la *gyattina* —sonrió ella.

—La *gyattina* —repitió él, pensativamente—. El descubrimiento de la doctora Ktinia de Ktinn.

—Sí, la desaparecida en Ronglare 60.

Los dos jóvenes se miraron un momento.

—¿Crees que puede hallarse en Ronglare 60 la clave de este asunto? —preguntó Bárez al cabo de unos instantes de silencio.

—Te lo diré después que hayamos visitado la residencia del Oráculo —contestó Jadmila—. Ah, por cierto, ¿me enseñarás tu profecía?

Bárez se estremeció.

—Te la daré con una mano —contestó—. Con la otra, me taparé los ojos.

—¿Cómo? ¿Es que no quieres conocer tu futuro? —se asombró ella.

—No, en absoluto, Jadmila.

—Pero fuiste a consultar...

—Porque no me quedó otro remedio —contestó él—. La consulta al Oráculo formaba parte de mi investigación, pero, voluntariamente, ni aunque me hubiesen pagado el precio de la consulta me habría acercado a aquella maldita casa. Conocer el porvenir de uno por rosado que sea, es lo peor del mundo.

—Tal vez tengas razón —admitió la joven, pensativamente—. Bien, el viernes te espero a cenar en mi casa. Después, iremos a la del Oráculo.

—No faltaré —prometió Bárez.

CAPITULO VI

Frank Bárez se llevó una sorpresa el viernes, al llamar a la puerta de la casa de Jadmila. Un hombre de mediana edad y agradable presencia le sonrió después de abrir.

—Bárez, supongo —dijo el individuo.

—Sí, señor —contestó Bárez, desconcertado.

—Soy Igor Gersten, padre de Jadmila. Entre, por favor, Frank.

El joven cruzó la puerta.

—Venga —invitó Gersten—, tomaremos una copa mientras las mujeres terminan de arreglarse.

—¿Cómo? ¿Es que hay más mujeres en casa, además de su hija?

—Bien, yo estoy casado... y Jadmila tiene más hermanos, aunque

ya viven fuera, también casados. Ella es la única soltera que nos queda.

—Entiendo, señor Gersten.

—Profesor, muchacho —puntualizó el padre de Jadmila—. Profesor, doctor en psicocibernética.

Gersten hablaba mientras preparaba unos combinados.

—Eso quiere decir psicología de los robots —dijo Bárez.

—En términos vulgares, así es. Tengo mi cátedra en la Universidad Número Doce.

—No lo sabía, Jadmila no me ha dicho nada...

—Ella tiene su trabajo y yo el mío.

Jadmila y su madre aparecieron en aquel momento.

—Hola, Frank —saludó la muchacha, desenvueltamente—. Te presento a mi madre. Mamá, éste es Frank Bárez.

—¿Cómo está? —saludó la señora Gersten.

—Asombrado, aunque encantado, señora —dijo el joven—. No digo que se las tome como hermanas gemelas, aunque sí como hermanas con muy poca diferencia de edad.

—Frank, no trate usted de conquistar a mi esposa —exclamó Gersten, riendo.

—Yo ya no estoy en edad de presumir. Frank —dijo la dama, a la vez que aceptaba la copa que le tendía su esposo.

—Jadmila, dile a tu madre que eso no es cierto —contestó Bárez—. Todavía debe de hacer volver la cabeza a muchos hombres cuando sale de casa.

—Conseguiré que me ruborice, Frank —dijo la señora Gersten.

—Bueno, mamá, Frank es un muchacho muy sincero, ¿no es verdad? —exclamó Jadmila— Pero todo eso se debe a una diaria dosis de *gyattina*.

—Sí, en efecto —confirmó Marwa Gersten.

—Yo también tomo ese extracto —intervino el profesor—. Resulta conveniente para el cuerpo.

—Y también para la mente. ¿La tomas regularmente, Frank? —preguntó la muchacha.

—Una pastilla todas las noches, pero no se puede decir que me cause grandes efectos, salvo, quizá, relajar mis nervios.

—Esa es la menor de sus propiedades, seguramente—manifestó el profesor—. No obstante, los efectos se manifiestan después de largos años de tomar la *gyattina* ininterrumpidamente.

—Bueno, seguiremos tomándola. No cuesta nada y...

—Perdón, Frank —dijo Jadmila—. ¿Te han enviado la profecía?

Bárez dejó de sonreír.

—Sí —contestó.

—¿Qué te auguran?

—No lo sé. Ya te dije que yo no abriría el sobre.

—Pero lo has traído. —Por supuesto.

Bárez metió la mano dentro de su blusa y sacó un sobre de color azul pálido y papel muy fuerte, ligeramente abultado, que entregó en el acto a la joven.

—Puedes abrirlo —invitó.

—Claro —murmuró ella.

Jadmila abrió el sobre. Dentro había una cartulina y diez billetes de cien francos galácticos cada uno. Sacó la cartulina y leyó:

"CONSULTA DE BAREZ, FRANK.
FUTURO: IMPOSIBLE DE VATICINAR

Nota: Se devuelve el importe de la consulta, al no haberse cumplimentado la petición del cliente."

—Toma, Frank —dijo Jadmila, después de haber leído la respuesta.

Bárez vaciló.

—Anda, lee —insistió ella.

Se había hecho el silencio en la estancia. Lentamente, Bárez tomó

la cartulina que le tendían y paseó los ojos por los renglones escritos.

—¡Demonios! —exclamó al leer la respuesta del Oráculo.

—Tienes motivos para asombrarte —dijo Jadmila—. Que yo sepa, es la primera vez que el Oráculo se niega a emitir una profecía.

—Pero ¿por qué? —exclamó Bárez, desconcertado.

—¿No les parece que eso es algo que podrían discutir mientras cenamos? —sugirió Marwa Gersten con la sonrisa en los labios.

* * *

La discusión, en efecto, se prolongó durante y después de la cena, pero ninguno de los comensales logró sacar nada en limpio de la extraña respuesta del Oráculo.

—Sólo conseguiremos algo yendo directamente a su casa —afirmó Jadmila.

—Puede resultar peligroso —opinó Bárez.

Ella se encogió de hombros.

—Veremos —contestó.

Bárez se volvió hacia Marwa Gersten.

—Señora, ¿no le da a usted miedo de que su hija se arriesgue tanto? —preguntó.

Marwa sonrió.

—Ella eligió libremente su camino —contestó.

El profesor estaba fumando ya su pipa, una costumbre que Bárez creía perdida en la noche de los tiempos.

—Muchacho, cuando a Jadmila se le mete una cosa en la cabeza, sólo hay una forma de quitársela —dijo.

—Con un buen golpe, ¿eh?

—No, haciendo lo que ella dice Así se desahoga y todos nos quedamos muy tranquilos.

Bárez contestó con una risita de conejo. Jadmila se levantó de pronto y salió de la habitación, para volver con su bolso colgado del hombro.

—Es la hora, Frank —anunció.

—Ten cuidado, hija —recomendó Marwa.

—No te preocupes, mamá.

Jadmila besó a sus padres y luego se dirigió hacia la puerta. Bárez se despidió de los señores Gersten y siguió a la muchacha.

—Tienes unos padres encantadores —elogió él cuando bajaban en el ascensor.

—No puedo quejarme —contestó ella—. ¿Y los tuyos?

Bárez suspiró.

—No los he conocido —respondió evasivamente.

Jadmila no dijo nada. Harto se suponía cuál debía de haber sido la infancia de Bárez: internado en algún centro benéfico desde su nacimiento, hasta que le llegó la edad de estudiar y se hizo hombre.

—Me pregunto cómo entraremos en casa del Oráculo cuando estemos allí —dijo Bárez, una vez ya fuera del edificio.

—Ya encontraremos algún medio, no te preocupes —respondió ella.

—¿Es legal lo que vamos a hacer?

—Estrictamente, no; pero si ocurriese algo, ya nos sacarían del apuro, no te preocupes.

—Jadmila, todavía no me has dicho para quién trabajas —se quejó él.

Ella sonrió imperceptiblemente.

—Podríamos llamarlo O.I.C. —contestó.

—¿Qué significa...?

—Oficina de Investigaciones Científicas.

Bárez calló, mientras rumiaba la respuesta de la muchacha. Jamás había oído hablar de aquel organismo, se dijo. Claro que tampoco se

había preocupado nunca de cuáles podían ser los distintos departamentos del gobierno.

Media hora más tarde, avistaban el singular edificio esférico, que era la residencia de aquel extraño personaje a quien nadie había visto jamás la cara.

Jadmila se detuvo un instante, contemplando la casa. Luego, de súbito, echó a andar resueltamente.

Al llegar al pie de la columna se detuvo y estudió el cartel de instrucciones para uso del ascensor.

—Por aquí, no —dijo.

Abrió el bolso y sacó una especie de carrete, en el que había enrollado un hilo metálico. Retrocedió unos pasos y levantó la vista hacia las ventanas del piso más bajo, situadas a unos ocho o nueve metros del suelo.

Entregó el aparato a Bárez.

—Lánzalo contra esa ventana —pidió.

—Haremos ruido...

—No te preocupes —le tranquilizó ella, a la vez que se quedaba con el extremo del hilo enrollado en el carrete.

Bárez tomó impulso y lanzó el artefacto hacia arriba. Se oyó un leve choque y luego un pequeño zumbido.

—Ya está —dijo Jadmila.

Sacó del bolso una especie de estribo y lo enganchó al extremo del hilo. El estribo quedó en el suelo y ella metió el pie, agarrándose con una mano al hilo.

Jadmila se elevó inmediatamente hacia arriba.

—Ahora te enviaré el estribo para que subas tú también —dijo, en el momento de arrancar.

Bárez parpadeó. El hilo era muy fuerte, pero, debido a su delgadez, parecía como si Jadmila ascendiese sola a las alturas. Esperó allí unos momentos, dándose cuenta de que Jadmila estaba ensanchando la abertura hecha por el carrete en la ventana.

Momentos después, vio bajar el estribo. Metió el pie derecho y se

dejó llevar hacia arriba.

Jadmila le aguardaba en el interior de la casa.

—Ven, sígueme.

Ella tenía en la mano una linterna, con la que alumbró una escalera que ascendía, siguiendo el contorno interno de la esfera. Mientras subían, Bárez pudo ver unas paredes metálicas, lisas, que componían un cubo de dimensiones que le resultaban conocidas.

—Al otro lado de esas paredes de metal está la cámara de consulta —dijo en voz baja.

Jadmila hizo un gesto de asentimiento. Salieron a una vasta estancia, absolutamente desierta, salvo las cortinas que cubrían las ventanas del piso superior, y continuaron por la escalera, que seguía en el extremo opuesto.

Poco después, entraban en una habitación de forma cupular, situada directamente bajo la parte superior de la esfera. La linterna de Jadmila alumbró un enorme pupitre de mando, con infinidad de teclas y controles, y un par de sillones para sus operadores, ausentes en aquel momento.

—¿Qué es esto? —preguntó Bárez, atónito.

—Lo que yo me figuraba —dijo la joven, a la vez que metía la mano en su bolso—. Anda, toma fotografías de esos aparatos desde todos los ángulos.

La cámara disponía de emisor de destellos incorporado, que actuaba automáticamente a cada disparo. Bárez empezó a actuar sin perder más tiempo.

—No olvides ningún detalle —recomendó Jadmila.

El *flash* de la cámara actuaba incansablemente. Algunos minutos más tarde, Bárez se volvió hacia la muchacha.

—Bueno —dijo—, creo que hemos obtenido una excelente colección de fotografías.

—¡Magnífico! —aprobó ella—. Ahora, vámonos ya.

—Jadmila, por favor, ¿quieres decirme qué es esto? —preguntó Bárez, impaciente.

—Pero ¿es que no lo has adivinado todavía? —se asombró ella.

—Confieso mi incapacidad —reconoció el joven humildemente—. Soy un buen fotógrafo y no me desempeño mal del todo en otras cosas, pero este artefacto me resulta totalmente desconocido.

—Es un transmisor de radio para distancias planetarias e interestelares —contestó Jadmila—. Y su hallazgo viene a confirmar lo que...

Jadmila se interrumpió de repente, a la vez que apagaba la linterna.

—Viene alguien —susurró.

CAPITULO VII

Las luces de los pisos inferiores se encendieron. Sonaron voces masculinas.

Bárez y Jadmila se situaron junto a la puerta. Un hombre subía por la escalera hacia aquel insólito cuarto de transmisiones.

El individuo llegó al último piso y manejó el interruptor de la luz, sin haberse percatado todavía de la presencia de los dos intrusos. Dio un paso en el interior y entonces llegó una voz de alarma desde abajo:

—¡Ollinr! ¡Ha entrado gente en la casa!

El individuo se volvió. Una mano se disparó, agarrándole por la pechera del traje. Con la otra, convenientemente cerrada, Bárez le asestó un seco golpe en la mandíbula.

Las piernas del hombre se doblaron. Bárez lo arrastró un par de metros y luego lo tendió en el suelo.

—¡Ollinr! —gritó el otro—. ¡Contesta, hombre!

Jadmila se puso un dedo en los labios, indicando silencio. Bárez asintió con un gesto.

Se oyeron pasos precipitados por la escalera.

—¡Ollinr! ¡Maldición! ¿Dónde diablos te has metido?

Hyrman Uk apareció de pronto en la estancia. Bárez tosió.

—Hola —dijo.

Uk se volvió en el acto. Bárez disparó de nuevo el puño derecho, pero Uk se ladeó ligeramente y el golpe careció de efectividad.

Bárez masculló algo entre dientes. Con gestos desesperados, Uk buscaba algo entre sus ropajes.

El joven no le dejó reaccionar. Saltó hacia él, con la cabeza gacha, y le golpeó en la cara, tirándole de espaldas al suelo. Uk lanzó un rugido de dolor y se quedó inmóvil.

—Vamonos —dijo Jadmila.

—No me lo repetirás dos veces —contestó Bárez, echando a correr tras ella inmediatamente.

Momentos después, se hallaban en el jardín.

—Has reaccionado muy bien —sonrió Jadmila, mientras caminaban hacia la salida.

—El miedo —contestó Bárez.

—Vamos, no me digas que tenías miedo.

—Pánico, aunque no lo creas. ¿Acaso piensas que soy hombre que se pasa el día armando refriegas?

—Como sea, lo has hecho estupendamente —elogió ella, a la vez que abría la portezuela del automóvil, que habían dejado en las inmediaciones—. Casi estoy por decirte que te van a nombrar miembro honorario de la O.I.C.

—¿Pagan bien, al menos? —preguntó Bárez con fingida avidez.

Jadmila emitió una risita, al tiempo de arrancar.

—Materialista —le apostrofó cariñosamente.

—Hombre, después de haber visto que la pandilla del Oráculo se están haciendo ricos... Es un mal ejemplo, ¿sabes?

—Frank, éste no es asunto para ser tomado a broma —dijo Jadmila, repentinamente seria—. Nuestra visita de esta noche ha confirmado lo que ya sospechábamos.

—Me parece que lo empiezo a adivinar —contestó él.

—Sí, en efecto. El Oráculo, sea quien sea, no está aquí, sino en un mundo remotísimo, a gran distancia de nosotros.

—Y esos aparatos sirven para comunicarse con él.

—O ella, porque su identidad es aún desconocida. Por eso te dije que tomases fotografías. Los expertos de la O.I.C. sabrán deducir, sin duda, el lugar donde reside el Oráculo.

—Entiendo —dijo Bárez—. Y cuando hayamos localizado al Oráculo...

—Tendremos que viajar adonde se encuentre y acabar con su mito de una vez —respondió Jadmila con voz firme.

Bárez aguardaba en su casa.

Jadmila le había prometido llamarle con el resultado de la investigación sobre las placas fotográficas. Habían pasado dos días desde la expedición a la residencia del Oráculo y todavía no tenía la menor noticia de la muchacha.

De pronto, llamaron a la puerta.

Bárez corrió a abrir. La sonrisa que se había formado en sus labios, desapareció de inmediato, apenas vio que su visitante era una persona muy distinta de la que él esperaba recibir.

—Frank Bárez, supongo —dijo el individuo.

—Sí, yo mismo. ¿En qué puedo servirle, señor...?

—Orms, Lahee R. Orms —se presentó el recién llegado—. ¿Puedo pasar?

Bárez estudió unos momentos a su visitante, hombre joven, aunque algo mayor que él, elegantemente vestido y de agradable apariencia.

—Bien, sí, entre —decidió al cabo.

—Gracias.

El joven cerró. Luego se encaró con su visitante.

—Usted dirá, señor Orms. —¿Dónde había oído aquel nombre?, se preguntó, sin conseguir recordarlo, no obstante.

—Verá... Señor Bárez... —Orms parecía un tanto dubitativo—. Tenemos noticias de que, recientemente, se ha quedado sin empleo.

—Hombre, tanto como eso...

Orms sonrió.

—Para un hombre joven resulta desagradable quedarse repentinamente en la calle —dijo.

—Oh, eso no me preocupa. Todavía puedo vivir algún tiempo sin

hacer nada —contestó Bárez, ocultando el hecho de que de nuevo trabajaba para su periódico.

—Un estupendo optimismo, que más adelante puede desaparecer —observó el visitante—. Mi presencia aquí tiene por objeto ofrecerle un empleo.

—¿Dónde?

Orms ignoró la pregunta.

—Le pagaríamos mil doscientos mensuales, más una prima de ingreso, que podría evaluarse en el doble de su sueldo anual, es decir, quince mil francos galácticos en cifras redondas.

—¡Caramba! —dijo Bárez—. Debo ser un hijo muy bueno, cuando me hacen una oferta tan estupenda.

—Nosotros lo consideramos así —dijo Orms.

—Bien, pero ¿en qué consistiría mi trabajo? Aún no me lo ha dicho usted, señor Orms.

—Por el momento, nos interesa más que acepte nuestra oferta, señor Bárez.

—¿Sin saber siquiera en qué va a consistir mi trabajo?

—Puedo asegurarle que será algo de lo cual entiende suficientemente —replicó Orms—. No obstante, debo añadir que, como en toda clase de empleos, deberá acatar unas normas mínimas de disciplina y obediencia a las órdenes de sus superiores.

Bárez guardó silencio un instante.

Las palabras de Orms le pusieron en guardia. En una fracción de segundo, comprendió el significado de la oferta.

—Claro, claro —murmuró, sonriendo—; en todo trabajo, se necesita ser disciplinado y obediente. Pero, repito, por el momento, no necesito ningún empleo.

Orms no pareció alterarse por la respuesta. Incluyó cortésmente la cabeza y dijo:

—Personalmente, no tengo una total capacidad de decisión. Yo aumentaría la oferta a mil quinientos mensuales y prima de veinte mil, pero debo consultarlo con los co-administradores de la firma para la cual trabajo. Si no tiene inconveniente, vendré mañana para

ratificar la nueva oferta.

"Me da veinticuatro horas para que medite sobre lo que no es sino un claro soborno", pensó.

—Muy bien, en tal caso —dijo—, mañana le haré conocer mi respuesta definitiva.

—Gracias por su amabilidad —se despidió el visitante.

—A usted por su oferta tan generosa, señor Orms —contestó Bárez con no menor cortesía.

Reflexionó unos instantes. Trataban de sobornarle, estaba claro.

Instantes después, se quedaba solo en el departamento.

Orms era uno de los componentes de la pandilla del Oráculo y no les convenía que el enigma se desvelara. Pero, ¿por qué?, se preguntó una y otra vez, sin encontrar una respuesta que le satisficiera.

En las palabras de Orms, además, había algo que no se había expresado de un modo diáfano, pero que él no podía dejar de advertir. Sin manifestarlo verbalmente, Orms había venido a decir, más o menos: "O aceptas la oferta que te hago o tendrás que atenerte a las consecuencias".

Se estremeció.

—Si no acepto, me liquidarán —musitó.

De repente, se acordó de una cosa.

—El nombre de Orms..., ¿dónde diablos lo he leído yo antes de ahora? —rezongó.

Se acercó al videófono y presionó sobre la tecla de Información.

—Escuchamos su solicitud de información —dijo una voz femenina.

—El nombre es Orms, Lahee R. —declaró Bárez—. Deseo saber domicilio y profesión.

—Tendrá la respuesta en su pantalla dentro de dos minutos, señor —contestó la misma voz.

Bárez aguardó. Pasados ciento veinte segundos, apareció la respuesta:

ORMS, LAHEE R.

OWL —4475-F.

1. er VICEPRESIDENTE DE LA COMPAÑÍA

GALACTICA GENERAL DE GYATTINA Y

PRODUCTOS QUIMICOS.

III.a Vía Estelar, 2.711.

Bárez asintió en silencio. Las cifras que seguían al nombre correspondían al número de videófono privado de Orms. Luego venía su cargo y, por último, el domicilio.

—Me pregunto qué tendrá que ver el Oráculo con la *gyattina* —se dijo, en el momento en que llamaban a la puerta.

Al abrir, vio que era Jadmila.

—Menos mal —dijo, lanzando un suspiro de alivio.

—Lo siento —sonrió ella—. Me ha sido imposible venir antes, Frank. Pero traigo noticias...

—Yo también tengo unas muy interesantes para ti —le interrumpió él.

—¿De qué se trata, Frank?

—Ha venido a visitarme un tal Orms, Jadmila.

—¡Orms! —resopló ella.

Bárez se sintió asombrado.

—¿Lo conoces? —preguntó.

—Personalmente, no, pero... ¿qué aspecto tenía?

—Joven, unos treinta y siete años, pelo oscuro y ojos castaños, elegante y distinguido. El nombre me suena, pero no consigo recordar de qué, Jadmila.

—Frank, haz memoria. Leíste el apellido Orms el día en que estuvieron a punto de hacerte pedazos en la Biblioteca Pública.

—¡Rayos! —exclamó él—. Orms era el apellido del esposo de la doctora Ktinia...

—Justamente, y el que ha venido a visitarte, debe de ser uno de los descendientes de aquel individuo.

—No entiendo, Jadmila —dijo Bárez—. Te juro que, a cada momento que pasa, se me hace todo cada vez más confuso y embrollado.

Ella suspiró.

—Tienes razón en quejarte —contestó—. No te creas que yo me siento mucho mejor que tú, sobre todo, después del último descubrimiento, hecho, precisamente, en nuestra excursión a la casa del Oráculo.

—Bueno, ¿pero, qué descubrimiento es ese, Jadmila?

—El lugar donde reside auténticamente el Oráculo, Frank.

—Lo has averiguado al fin.

—Sí, gracias a las fotografías. El Oráculo está en Ronglare 60.

Bárez se quedó perplejo.

—Pero, ¿qué diablos hace allí? —preguntó.

—¿No te parece que resultaría muy conveniente que le hiciéramos esa pregunta de un modo personal?

—¿Visitándole en Ronglare 60, Jadmila?

—Sí, Frank.

CAPITULO VIII

—De un modo u otro, todos estos sucesos están relacionados entre sí —dijo Jadmila poco después—. La muerte de Moore-Linz...

—Quien había prometido luchar contra augures y profetas.

—Sí, Frank, y también hay relación entre el Oráculo y la visita que te ha hecho Orms y las tentativas de asesinato de que fuiste objeto.

—Hay una cosa que no entiendo bien del todo. Que yo sepa, todos los vaticinios del Oráculo han resultado ser exactos. Se puede decir que es el único adivinador del futuro que no ha fallado jamás.

—Es cierto —convino Jadmila—, y es en esa certeza de sus profecías donde, a mi entender, reside el enigma de este asunto.

—Tú quieres saber por qué el Oráculo no falla jamás.

—Sí, Frank.

—En el caso de Moore-Linz se trató de un asesinato. Está suficientemente probado.

—El asesino fue aquel supuesto fotógrafo, que quería matarte a ti después. En su cámara había un cañón que disparó un pequeño proyectil cargado de electricidad del mismo signo que la de la batería que proporcionaba la fuerza al blindaje de energía de Moore-Linz. El proyectil, al chocar contra el escudo de energía, produjo un violentísimo cortocircuito.

—Claro, electricidades del mismo signo se repelen...

—Así lo mataron, en efecto, y la descarga fundió en parte los aislantes de los cables conductores. Pero, probablemente, Moore-Linz murió por haber anunciado sus propósitos de luchar contra adivinos y embaucadores, entre los cuales, lógicamente, se contaba el Oráculo.

—El cual, opino, debe de estar en manos de la pandilla que explota sus profecías y cobra por ellas precios exorbitantes.

—Así es —confirmó Jadmila—. Pero ahora vamos a acabar nosotros con ese mito de una vez.

—Será difícil —alegó Bárez—. ¿Sabes cuántos años lleva emitiendo profecías sin fallar una sola vez?

—Casi sesenta, aunque estás equivocado, Frank —dijo ella—. El Oráculo ha fallado una vez.

—Mi caso.

—Sí, justamente.

—Ese no es fallo. Simplemente, se negó a vaticinar mi futuro.

—Alguna razón tendría, ¿no?

—Desde luego, aunque quedándonos aquí, no la conoceremos jamás.

La muchacha sonrió.

—Veo que estás impaciente por zarpar hacia Ronglare 60 —dijo.

—Hombre, una vez metido de lleno en el caso, conviene acabar cuanto antes, opino yo. ¿Cuándo partimos?

—Mañana, a las nueve en punto de la mañana. Están terminando de alistar la astronave. A las ocho vendré a recogerte, Frank.

—Muy bien, Jadmila. Un momento, por favor. ¿Qué distancia hay a Ronglare 60?

—No demasiado; unos treinta y siete años luz.

Bárez se estremeció.

—Treinta y siete... ¿Qué tiempo emplearemos, Jadmila? —consultó.

—Poca cosa —replicó ella indiferentemente—. Menos de una semana.

—Me asombra tu sangre fría. Yo estoy que no me tienen las piernas.

Jadmila se echó a reír.

—No presumas de cobarde —dijo—. Eres un chico listo, despabilado, de reacciones veloces... y si no, recuerda lo que hiciste cuando la máquina lectora iba a explotar.

—Fue puro instinto —contestó él—. Pero, ¿cómo supieron que yo

iba a sentarme precisamente ante aquella máquina?

—Te destinaron precisamente a la máquina ya preparada de antemano. Tu videófono estaba intervenido y por eso supieron que ibas a ir a la Biblioteca Pública.

—Ahora lo comprendo. Pero si el videófono sigue intervenido...

—Ya no lo está. —Jadmila se encaminó hacia la puerta—. A las ocho, no lo olvides.

—Seré puntual —prometió Bárez.

Jadmila se marchó. Al quedarse solo, Bárez pensó que Orms ya no le encontraría en casa, cuando viniera a visitarle.

—Estaremos camino de la guarida del Oráculo —murmuró.

* * *

Una delgada cinta de gas azulado pasó por debajo de la puerta y se deslizó silenciosamente a lo largo del suelo del departamento. A los pocos momentos, llegó al dormitorio.

El gas era completamente inodoro. Bárez, sumido en un profundo sueño, lo aspiró de una manera completamente inconsciente.

Pasaron algunos minutos. La puerta del piso se abrió sin el menor ruido.

Dos hombres, provistos de unas pequeñas pero eficaces mascarillas, cruzaron el umbral y llegaron al dormitorio.

Hyrman Uk zarandeó al durmiente. Bárez no se despertó.

—Listo —dijo, satisfecho.

Su acompañante era un hombre de estatura gigantesca y fuerzas hercúleas. Sin hacer apenas fuerza, cargó con el durmiente y se dirigió hacia la puerta.

—Ya tienes un operario más, Terquis —dijo Uk, satisfecho.

—Trabajaré, Uk, te lo aseguro. En el sitio donde yo estoy, siempre hacen falta brazos.

Los dos hombres cruzaron la sala.

—Me pregunto por qué no usáis máquinas en los campos de hierba *gyatt* —dijo Uk.

Terquis soltó una carcajada.

—Las máquinas humanas son mucho más baratas —contestó, riendo desaforadamente—. Y ya se usan máquinas, para la molienda y destilación de las plantas recolectadas a brazo.

Los dos hombres salieron del piso.

—Terquis, ¿hay posibilidades de que escape? —preguntó Uk.

—Una entre mil millones —respondió el gigante.

—Lo cual significa que Bárez se quedará allí.

—Para siempre —contestó Terquis rotundamente.

* * *

Frank Bárez abrió los ojos y estiró los brazos voluptuosamente, a la vez que bostezaba con satisfacción. Pero casi en el acto sintió que los ojos se le saltaban de las órbitas.

Permaneció unos momentos inmóvil. Luego se sentó de golpe en la cama.

—¡Rayos! ¿Dónde estoy? —exclamó.

Miró con infinito asombro las paredes de tablas de su dormitorio. El techo era de plancha acanalada y dentro de aquel cobertizo reinaba una temperatura poco agradable, por lo elevada.

Había un solo camastro, de pésimo aspecto. Un cántaro de boca desportillada, aparentemente lleno de agua, constituía el resto del mobiliario.

Bárez se puso en pie, dándose cuenta de que toda su indumentaria consistía en un sencillo taparrabos. Abrió la boca, lleno de estupefacción, negándose a creer que estaba despierto.

—Una pesadilla, estoy sufriendo una pesadilla...

De pronto, se fue hacia el rincón, agarró el cántaro y volcó sobre su cabeza parte del líquido contenido en la vasija. El agua estaba caliente y semicorrompida, pero le despejó un tanto.

Luego se preguntó cómo podía haber llegado a aquel lugar. Sentíase completamente desconcertado y no acababa de entender bien todavía lo que le pasaba.

La puerta de aquel cobertizo se abrió súbitamente. Un gigantesco individuo apareció ante sus ojos.

Bárez lo contempló con ojos estupefactos. El sujeto medía casi un palmo más de estatura que él y le rebasaba en peso veinte o veinticinco kilos. Tenía la cabeza completamente afeitada y empuñaba con la mano derecha lo que parecía un espantable rebenque de tres o cuatro metros de largo.

En la izquierda tenía un sombrero de fibras trenzadas, que lanzó a los pies del prisionero. Luego dijo:

—Mi nombre es Terquis y soy el director de trabajos del campo de *gyatt* número cinco. Ponte ese sombrero y sal a trabajar.

Bárez se quedó aturdido por la sorpresa unos momentos. Al cabo, encontró las fuerzas suficientes para responder:

—Me parece que aquí hay un error. Mi oficio no es el de recolector de *gyatt*.

—Temo que estés equivocado, amiguito —dijo Terquis, a la vez que sacaba algo de uno de los bolsillos de su pantalón—. Lee eso, por favor.

Bárez recogió el papel que le tendía su interlocutor. Paseó la vista por los renglones escritos y estuvo a punto de ahogarse, a causa de la indignación que sentía.

—Es un contrato falso —declaró—. Jamás he firmado yo nada semejante. Mi firma está falsificada. Y no es ése mi nombre.

Y, sin más, rompió en varios trozos el documento, que luego arrojó a la cara del gigante.

Terquis no se inmutó.

—Has roto sólo la copia del contrato; el original figura en las oficinas del campo —dijo—. Y ahora que ya estás listo, sal a trabajar.

—No.

Bárez se cruzó de brazos. Terquis sonrió.

—Me gustan los rebeldes —manifestó—. Resulta agradable domarlos.

Levantó el brazo armado con el rebenque, pero se dio cuenta de que el espacio era demasiado pequeño para utilizarlo cómodamente y se lo cambió a la mano izquierda.

Luego avanzó hacia Bárez, con una torva sonrisa en los labios. El joven retrocedió, hasta que su espalda chocó contra la pared.

—Saldrás a trabajar —auguró Terquis.

Bárez se vio perdido. En modo alguno podía soñar en competir con aquel hercúleo individuo. De súbito, vio a su lado del cántaro con agua.

Agachándose velozmente, lo agarró por el asa. En el momento en que Terquis se disponía a ponerle la mano encima, se lo estrelló en la cara.

Terquis lanzó un atronador rugido y se tambaleó, con la cara llena de sangre y agua, aunque sin caer del todo. Bárez tomó impulso, se elevó en el aire y, aprovechando que el otro estaba cegado momentáneamente, le golpeó en el pecho con ambos pies.

El gigante cayó de espaldas, pataleando frenéticamente, a la vez que emitía inhumanos rugidos de cólera. Bárez saltó sobre él y le pateó el pecho y el estómago sin la menor consideración. Los bramidos de dolor y de furia de Terquis hacían temblar las paredes de la cabana.

Algunos individuos, semidesnudos, cubiertos con andrajosos sombreros de fibra, se asomaron a la puerta y empezaron a jalear a Bárez.

—Mátalo, mátalo...

—Tritúrale el hígado.

—Sácale las tripas.

De pronto, Terquis pudo golpear una de las piernas de Bárez y el joven cayó al suelo. Pero antes de que su antagonista pudiera seguir con su reacción, disparó el pie derecho con todas sus fuerzas, y

Terquis cayó de nuevo, con los labios literalmente deshechos.

Bárez se incorporó a medias y gateó hacia la salida. Terquis se retorció en el suelo, a consecuencia del dolor de los golpes recibidos. Al salir, Bárez recibió varias palmadas de aliento en la espalda.

—Ya era hora de que alguien le diera su merecido a ese bruto.

—Es un tipo sádico. Sólo disfruta torturando a los prisioneros.

—Debieras haberlo estrangulado con su propio rebenque...

—¿Vosotros también sois prisioneros? —preguntó Bárez.

—Así se podría definir nuestra situación —contestó uno de los trabajadores.

Bárez paseó la mirada por la extensa llanura que se ofrecía a sus ojos, cubierta casi en su totalidad por la hierba *gyatt*, de largos tallos rojizos. A la derecha, a unos quinientos pasos de distancia, vio unos cuantos barracones.

—A mí me trajeron durmiendo —dijo—. Seguramente me narcotizaron. Terquis me enseñó un contrato de trabajo, pero es falso; yo no firmé ningún documento similar.

—La mayor parte de los que estamos aquí vinimos en las mismas condiciones. Otros son presos a los que se les ofrece una reducción de la pena, a cambio de trabajar recolectando la *gyatt*, pero no he visto todavía a nadie que saliese con vida de este infierno —declaró el que había hablado antes.

CAPITULO IX

Más esclavos acudían al ruido del tumulto. Bárez formuló una pregunta:

—¿Qué es lo que os impide escapar de aquí?

—La alambrada. Mide ocho metros de altura y está electrificada día y noche. Y las pistolas de luz sólida de los guardianes.

—No veo a ninguno —observó Bárez.

—Oh, ahora están a la sombra. Por el día, el campo es un lugar insufrible, a causa del calor que reina —dijo el prisionero—. Casi les basta con Terquis.

Bárez volvió la vista un momento. Terquis estaba desvanecido.

—¿Cómo te llamas tú? —preguntó al sujeto.

—Gersten, Hal Gersten.

Bárez respingó.

—No serás hermano de Jadmila Gersten —dijo.

—¿Cómo? ¿La conoces tú? No, no soy hermano suyo, pero mi padre es primo del de Jadmila. Somos parientes en segundo grado.

—Conozco a Jadmila, en efecto —contestó Bárez—, aunque ella no me habló de ti. Pero eso no es importante ahora. Lo que interesa es escapar de aquí.

—Lo veo difícil —declaró Gersten.

—Los guardias y la alambrada electrificada, ¿no?

—Sí, en efecto, así es.

Los que iban llegando se enteraban de que había un prisionero que acababa de vapulear a Terquis y lanzaban gritos de amenaza.

. —La alambrada, además de alta, es inacabablemente larga. Representa el perímetro del campo y mide unos cincuenta kilómetros de longitud —expresó Gersten.

—Eso significa que hay miles de prisioneros.

—No, unos ochocientos tan sólo, repartidos en varios sectores. Pero nadie sale vivo de aquí.

—¿Por qué? —quiso saber Bárez.

—La hierba madura muy rápidamente. Se recolectan cinco o seis cosechas anuales —explicó Gersten—. Cuando está seca, despiden un polvillo muy molesto, que se infiltra insidiosamente en los pulmones. No hay quien pase de la cosecha número doce.

—Dos años —calculó Bárez.

—El polvo de *gyatt* deshace los pulmones. Por eso andan siempre buscando incautos o trayendo prisioneros del Estado.

—Pero los guardias...

—Llevan siempre máscaras. A nosotros no nos las dan; somos, simplemente, bestias de trabajo, de mantenimiento barato y vida todavía más barata.

Bárez se estremeció de indignación.

—Pero hay un medio de salir de aquí —dijo.

—¿Cómo? —preguntó Gersten—. Aunque no hubiese guardias, la alambrada...

De repente, se oyó un grito de furor.

—¡Ahí está el asesino!

Bárez se volvió y dio un salto atrás. Terquis acababa de aparecer en la puerta de la caseta, con el rebenque en la mano y el rostro horriblemente desfigurado por los golpes recibidos.

—¡A trabajar, malditos! —gritó.

Y levantó el rebenque.

Bárez saltó hacia arriba, elevando los brazos, y agarró uno de los extremos de aquel terrorífico látigo. Al poner los pies en el suelo, tiró con todas sus fuerzas.

Las facultades físicas de Terquis estaban muy disminuidas. El tirón le hizo caer de bruces al suelo.

—¡A él! —aullaron varios, arrojándose encima del caído.

Uno le agarró el rebenque y se lo enrolló en torno al cuello, haciendo un nudo rápidamente. Después, agarró el otro extremo y tiró.

Varios más se le unieron y arrastraron el enorme corpachón por el suelo, en medio de los gritos de júbilo y de odio de los prisioneros. Bárez volvió la vista a un lado, para no presenciar aquel horrible linchamiento.

Sin embargo, comprendía a los amotinados. El sadismo de Terquis había motivado aquella explosión de odio.

Gersten lo agarró por un brazo.

—Pero los guardias pueden venir de un momento a otro. Incluso puede que nos estén viendo, aunque esperan que Terquis domine la situación, como ya ha sucedido otras veces.

—Comprendo. ¿Quieres ayudarme, Hal?

—Con mucho gusto... Todavía no me has dicho tu nombre.

—Me llamo Frank Bárez.

—Celebro conocer a un amigo de mi prima Jadmila ¿Cómo está ella?

—Muy guapa, naturalmente —rió el joven—. Hal, llama a alguno de tus amigos; necesito desmontar el techo de la caseta.

—Sí, Frank, ahora mismo.

Terquis había muerto ya. Los prisioneros deliberaban ahora sobre lo que debían hacer.

Ayudado por Gersten y unos cuantos, Bárez deshizo el cobertizo. Luego, entre los dos, cargaron con el techo de chapa y se acercaron a la alambrada, situada a unos sesenta o setenta pasos de distancia.

Bárez colocó la plancha en posición vertical, a un par de metros de la valla. Quedó sujetándola con una mano y con la otra hizo señas a los demás de que se apartaran.

En aquel momento sonó un agudo grito:

—¡Vienen los guardias!

Bárez se volvió. A unos cuatrocientos metros de distancia, se divisaba un grupo de individuos armados, con las caras cubiertas por

una extraña máscara.

Todos los guardias llevaban sendas pistolas de luz sólida. Era un arma temible, pero su alcance resultaba un tanto limitado; la efectividad de los disparos decrecía a partir de los cincuenta metros y a los cien era completamente nula.

—¡Fuera, apartaos! —gritó.

Y dejó caer la chapa.

Los dos metales entraron en contacto. Un vivísimo chispazo brotó de la alambrada. A lo lejos, en uno de los barracones, se oyó una tremenda explosión.

—¡El generador ha saltado! —gritó Gersten.

Los guardias se detuvieron un momento. Salían llamas del edificio donde estaban las máquinas que proporcionaban energía a la alambrada. Sonaron voces de alarma.

—Parece que tienen miedo —observó Bárez.

Los guardias empezaron a retroceder, saliéndose de la zona herbosa, en la cual se hallaban en aquellos instantes.

—La *gyatt* es tremendamente combustible —dijo Gersten—. Arde con enorme facilidad cuando está seca.

—Eso no lo sabía yo —contestó Bárez.

—Ese vegetal tiene unas propiedades muy singulares.

Sólo es combustible cuando ha granado, pero no una vez cortada. Por eso corren los guardias, Frank.

—Entiendo —dijo el joven.

Muchos de los prisioneros trepaban ya por la inofensiva alambrada, para pasar al otro lado. Uno de ellos vino de pronto con unas grandes cizallas y empezó a abrir paso a los menos ágiles.

De súbito, una chispa cayó de la casa ardiendo a un trozo de suelo cercano, en el que había tallos de hierba seca.

Una súbita llamarada se produjo instantáneamente. Bárez se lanzó con los demás al otro lado de la alambrada. El fuego se propagaba con la velocidad de un caballo al galope.

Enormes chorros de humo subían a lo alto, ennegreciendo el horizonte. Las llamas alcanzaban cinco o seis metros de altura.

—El campo arderá totalmente en menos de una hora —vaticinó Gersten.

—Espero que los prisioneros de los otros sectores tengan ocasión de escapar —dijo el joven.

—Sí, les dará tiempo.

El calor se hacía insoportable. De pronto, alguien lanzó un grito de aviso:

—¡Cuidado! ¡Viene alguien!

Bárez volvió la cabeza. A cincuenta o sesenta metros de distancia, un aeromóvil, de forma lenticular alargada y cúpula transparente, se disponía a tomar tierra cerca del lugar en que se encontraban.

Los amotinados se dispusieron a atacar a los tripulantes del aparato, cuyo piloto, a prevención, lo detuvo a pocos metros del suelo. Se abrió una escotilla y un cuerpo humano asomó parcialmente por la abertura:

—¡En, amigos! —sonó una voz de mujer—. ¿Han visto por ahí a un tipo llamado Frank Bárez?

Gersten se quedó atónito.

—Pero, si es...

—La misma —confirmó Bárez, a la vez que avanzaba hacia el aparato—. Cuidado, chicos —se dirigió a los recelosos amotinados—; esa dama que viene ahí es persona de confianza.

Gritó el nombre de la muchacha. Jadmila le vio y agitó un brazo con alegres ademanes. Luego hizo descender el aeromóvil un poco más.

—Me alegro de encontrarte bien, Frank —dijo ella.

—Gracias, Jadmila, pero, ¿era necesario que me llamasen tipo cuando preguntaste por mí? —contestó Bárez.

—¿Cómo supiste que estaba aquí? —preguntó Bárez, cuando el aparato inició su vuelo de regreso.

—Fui a buscarte a tu casa y me extrañó no encontrarte allí, ya que habíamos acordado que me aguardarías —explicó Jadmila—. Tu ausencia se me antojó sospechosa.

—Y tan sospechosa, como que, seguramente, me narcotizaron durante el sueño.

—Así debió de ocurrir —concordó la joven—. Hice que se practicaran indagaciones y no obtuve ningún resultado. Uno de mis compañeros me indicó que, a veces se reclutaban trabajadores forzados para los campos de *gyattina*, bajo contratos falsificados. Esos contratos han de ser registrados obligatoriamente en la oficina correspondiente. El tuyo estaba allí.

—Comprendo, pero, ¿cómo pudieron olvidar un detalle tan importante?

Jadmila sonrió.

—El nombre que figuraba era otro, claro, pero no las huellas dactilares. Obtuve una copia y las comparé con las que tenemos en nuestro archivo.

—No olvidáis detalle, ¿eh?

—Lo exige nuestro trabajo, Frank.

—Comprendo. De todas formas, gracias por el interés que has demostrado en mi favor. Lástima no haber obtenido unas cuantas fotografías de ese maldito campo de *gyattina*.

—Jadmila —dijo su primo—, tienes que pedir que se practique una investigación. El trabajo en los campos de *gyattina* no es que sea inhumano; es que resulta mortífero.

Jadmila asintió. Hal Gersten le había contado las espantosas condiciones en que vivían los prisioneros.

—La hierba es necesaria, pero no hasta el punto de sacrificar vidas humanas —dijo.

—A mí me gustaría saber quién inventó esa maldita droga —refunfuñó Bárez.

—Ya conoces el nombre y no es mala, sino todo lo contrario.

Biólogos y analistas de renombre calculan que el uso moderado de la *gyattina* alarga la existencia en veinticinco o treinta años sobre el promedio normal.

—Lo malo no es el sembrar y cosechar la *gyatt*, sino el modo de hacerlo —terció Gersten.

—Hay otra cosa más, que ninguno de los dos ha mencionado todavía —dijo Jadmila.

—¿Cuál, por favor? —inquirió Bárez.

—El absoluto monopolio que sobre la recolección de

la hierba y la producción de *gyattina* tiene una sola empresa. Tú sabes cuál es, Frank, y conoces también a su primer vicepresidente. Bárez asintió.

—Eso es cierto —admitió—. Pero, ¿crees que ese monopolio está relacionado con todo lo que ha ocurrido hasta ahora?

—Sin duda alguna, Frank. Sin embargo, nuestro interés está centrado en el viaje a Ronglare 60, que ya ha sufrido demasiado retraso.

Bárez levantó una mano.

—Y todavía se ha de retrasar un poco más —interrumpió a Jadmila.

—¿Cómo? —exclamó ella, asombrada.

—Sí —insistió Bárez—. No pienso ir a Ronglare 60, hasta haber sostenido una entrevista con Lahee R. Orms, a quien formularé unas cuantas preguntas, para obtener unas interesantes respuestas.

CAPITULO X

Primeramente, Bárez se dirigió a su casa, en donde, después de un buen baño, se puso ropas limpias. Hal Gersten se había separado de ellos ya, anunciando que iba a buscar a su abogado, a fin de plantear una demanda contra la compañía productora de *gyattina* por secuestro y redacción de contrato de trabajo ilegal.

—La compañía va a saltar por los aires cuando esto se haga público —masculló, en el momento de despedirse de la pareja.

Una vez limpio y con ropas nuevas, Bárez hizo una pregunta a la joven:

—Jadmila, Orms es, indudablemente, descendiente del esposo de la doctora Ktinia de Ktinn. ¿No sería posible conocer su árbol genealógico?

Ella dudó unos momentos.

—Tú quieres decir conocer los nombres de sus antepasados —contestó al cabo.

—Sí, desde luego.

—Hay una posibilidad, Frank.

—Bien, exprésala, por favor.

—El Registro Central Demográfico.

Bárez entrecerró los ojos.

—Ahí se registran nacimientos, defunciones, bodas y separaciones matrimoniales, ¿no es cierto?

—Se recopilan todos los datos de los distintos registros del planeta —respondió ella—. Falta saber si nos permitirán conocer los antecedentes familiares de Lahee Orms.

El joven sonrió.

—¿Tú sabes dónde está esa oficina? —preguntó.

—Sí, desde luego.

—Entonces, guíame y no te preocupes de más; yo me encargaré del resto.

—Muy bien, de acuerdo.

El aeromóvil de la muchacha estaba en la azotea del edificio. Minutos más tarde, emprendían el vuelo y al cabo de un cuarto de hora, llegaban a su objetivo.

El edificio del Registro era grande, aunque sin una arquitectura especial que lo hiciese distinguirse de los restantes edificios del sector. Jadmila y Bárez subieron las escalinatas de la fachada y entraron en el vestíbulo.

Había varias ventanillas destinadas a información. Una muchacha les señaló el lugar donde podrían obtener los datos que deseaban:

—Tercera planta, puerta E.

—Gracias —dijo Bárez.

Subieron al tercer piso. En el departamento señalado, había un empleado de aire aburrido, cuya cara no mejoró de expresión al ver a la pareja.

—¿Puedo servirles en algo? —preguntó.

—Sí —contestó Bárez—. Deseo conocer los antecedentes familiares de Lahee R. Orms.

El empleado le miró con un solo ojo.

—Traerá usted alguna autorización legal, supongo —dijo.

—¿Qué clase de permiso? —inquirió Jadmila.

—Orden judicial o del director del Registro.

—Pues...

Bárez hizo una señal con la mano y Jadmila se calló. Luego dijo:

—Amigo, su empleo no es nada divertido, ¿verdad?

—Hombre —contestó el funcionario—. Si no es divertido, tampoco me mato a trabajar.

—Ya, ya —sonrió Bárez—, y por eso le pagan una miseria, seguramente.

—Trescientos cincuenta mensuales —dijo el empleado.

Bárez sacó unos billetes y los acarició con el pulgar.

—Un poco de dinero extra no viene nunca mal —habló con acento indiferente—. Total, por hacer una cosa que no causa mal a nadie.

Los ojos del empleado emitieron un chispazo de interés.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba ese individuo? —preguntó.

—Orms, Lahee R. Orms —repitió Bárez.

Los billetes cambiaron de mano.

—Pasen a aquel cuarto —indicó el empleado—. Hay una pantalla lectora. Dentro de cinco minutos, reproduciré cuantos antecedentes figuran acerca del señor Orms.

—Gracias, amigo.

Bárez agarró el brazo de la muchacha, a la vez que le guiñaba un ojo. Jadmila sonrió complacida.

Entraron en el cuarto y se situaron frente a la pantalla. A los pocos momentos, surgieron unas inscripciones en el vidrio deslustrado.

Bárez leyó:

ORMS, Lahee R., hijo de Paul y Rosa.

Fecha de nacimiento: 5 de febrero de 2011.

Fecha de defunción:

—¡Diablos! —exclamó el joven—. Se olvidaron inscribir la fecha del fallecimiento.

—Sí, Frank —concordó Jadmila—, pero, ¿te has dado cuenta de que estamos en el año dos mil doscientos ochenta y tres?

Bárez abrió la boca, estupefacto.

—¡Eso no puede ser! —barbotó—. ¡No hay hombre capaz de vivir doscientos setenta y dos años! Tiene que tratarse de un error, Jadmila.

Vaciló un momento y abandonó el cuarto, dirigiéndose al despacho del encargado de la sección.

—Amigo, ¿no ha sufrido error al proyectar los datos que le hemos solicitado? —consultó.

El hombre hizo un signo negativo.

—No hay posibilidad de error —respondió—. La máquina le ha dado la respuesta exacta a la consulta que usted ha formulado.

Bárez reflexionó unos instantes.

—Muy bien —dijo al cabo—. Tenga la bondad de proyectarme los antecedentes familiares del padre de Orms. Su nombre era Paul.

—De acuerdo. Tendrá los datos dentro de unos minutos.

Bárez regresó al cuarto. Jadmila le miró inquisitivamente.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó.

—Quiero conocer más antecedentes de Orms —respondió él—. En seguida nos proyectarán los de su padre.

La primera inscripción había desaparecido ya. Otra surgió a los pocos minutos:

ORMS, Paul James, hijo de Nicholas y Mary.

Fecha de nacimiento: 6 agosto 1980.

Fecha de defunción: 12 enero 2076.

Casado con Shelley McLaren.

Hijos: Dos. Barry y Lahee R.

—¿Qué te parece? —preguntó Bárez, volviéndose hacia la muchacha.

—Esto significa que Lahee R. Orms era hermano político de la doctora de Ktinn.

—Justamente —contestó Bárez.

Jadmila se mordió los labios.

—Frank, pide los datos de Barry Orms. Quiero conocer la fecha de su muerte.

—Ahora mismo.

Dos minutos más tarde, se enteraban de que Barry Orms, esposo

de la doctora de Ktinn había fallecido el año 2112.

—La cosa no ofrece duda —dijo Jadmila al leer la última información—: Lahee Orms es el único superviviente de esta rama de su familia.

Bárez se sentía anonadado.

—¿Es posible que sea el mismo Orms nacido el año dos mil once? ¿No se tratará de un error?

—Yo creo que no —contestó Jadmila—. El promedio de la vida humana es actualmente de unos ciento treinta años, pero él lo ha doblado con creces.

Bárez elevó los brazos al cielo.

—¡Y lo que vivirá! Cuenta doscientos setenta y dos años de edad, es decir, que está próximo a entrar en su tercer siglo de existencia..., y ni siquiera tiene canas en las sienes.

—Tú hablaste con él, ¿verdad? —dijo Jadmila, mordiéndose el labio inferior.

—Sí, y me pareció que no podía tener mucho más de treinta y cinco años. Ofrece un aspecto físico estupendo, Jadmila, créeme.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Te creo, Frank —respondió—. Pero será mejor que él mismo nos confirme algunas cosas que ahora nos parecen oscuras.

—Es una magnífica idea —aprobo él—. Vamos.

Abandonaron el cuarto de consulta. Bárez se despidió del empleado.

—Nos ha hecho usted un gran favor, amigo —dijo.

Salieron a la calle. Perpleja, Jadmila se detuvo de pronto.

—Frank, ¿cómo es posible que no se haya dado cuenta nadie de que hay un hombre que nació en el año dos mil once? ¿Es que nadie se ha extrañado de que hayan pasado casi tres siglos desde entonces y no se haya efectuado aún el registro de su defunción?

—Nena, si te has dado cuenta de cómo funciona esa oficina, habrás podido darte cuenta de que lo que impera allí es la rutina. Si Napoleón continuase vivo, allí no le habrían concedido la menor

importancia al hecho. Les interesa llevar al día los registros; lo demás les tiene sin cuidado.

—Sí, es cierto —concedió ella con una sonrisa—. Bien, vamos a la Tercera Vía Estelar, número dos mil setecientos once.

* * *

El número 2.711 de la III.a Vía Estelar era un altísimo rascacielos, de atrevido diseño y que, según apreció Bárez, era habitado únicamente por gente de abundantes posibilidades económicas. En la conserjería del vestíbulo les informaron de que Orms vivía en uno de los áticos.

Un ascensor expreso les llevó hasta el piso deseado.

Salieron al corredor, alcanzaron la puerta de la vivienda de Orms.

Bárez llamó. A los pocos momentos, abrió un hombre.

—¿Qué desean? —preguntó.

—A usted le conozco yo —dijo el joven.

El sujeto le miró perplejo. Bárez sonrió.

—Hace pocos días, un tipo gritaba su nombre, Ollinr —añadió—. ¿Lo recuerda?

Los ojos de Ollinr Wi-E se inflamaron de rabia.

—Fue usted el que me golpeó en la casa del Oráculo...

—Lo mismo que ahora —dijo Bárez perplejo, a la vez que disparaba el puño contra el estómago de su interlocutor.

Ollinr se quedó sentado en el suelo, con lágrimas en los ojos. Bárez cruzó el umbral y Jadmila le siguió en el acto.

—Vigílalo —aconsejó él—. Voy a ver si encuentro a Orms.

—De acuerdo, Frank.

El registro de la casa resultó infructuoso.

—No está —dijo Bárez al volver a la sala.

—El nos lo dirá —opinó Jadmila, señalando a Ollinr, quien, recuperado en parte, estaba ahora sentado en un sillón, dándose masajes en el estómago.

—No sé nada, el señor Orms no ha venido hoy a casa —respondió el sujeto con hosco acento.

CAPITULO XI

Jadmila se sintió decepcionada al escuchar aquellas palabras. Bárez, por el contrario, no se inmutó.

—Dame su pistola —pidió a la muchacha.

Ella obedeció. Bárez apuntó al cuerpo de Ollinr.

—¿Dónde está Orms? —preguntó.

Ollinr se encogió de hombros.

—Ya puede disparar si quiere —contestó—. Con amenazas no podrá obtener lo que ignoro.

—Parece sincero, Frank —comentó Jadmila.

Bárez bajó el arma.

—Entonces, ¿dónde diablos puede estar? Porque, indudablemente, ésta es su residencia habitual.

Jadmila se encogió de hombros.

—Podemos esperar, a ver qué pasa —sugirió.

—No es mala idea —aprobo el joven—. Mientras tanto, el amigo Ollinr nos dará algunos detalles acerca de los tontos que van a consultar al Oráculo.

—No dirá usted que sus augurios son erróneos —contestó el sujeto.

—Ciertamente, ésa es la fama que tiene, pero a mí no me quiso vaticinar mi futuro.

—Yo no soy el Oráculo —refunfuñó Ollinr.

—Bien, pero ¿cuál es el mecanismo de consulta? —preguntó la muchacha.

—Cuando llega una petición, yo o Hyrman Uk la formulamos mediante el transmisor, indicando todos los datos del consultante. Eso es todo lo que puedo decir.

—La respuesta es enviada directamente al cliente, ¿no es así?

—En efecto. Ya sale grabada del transmisor, incluso en un sobre cerrado, con una cifra código para cada consultante. Puesto que tenemos un registro de cada cliente, basta conocer la cifra para saber su dirección y escribirla en el sobre.

—Y luego, los servicios postales se encargan del resto.

—Así es —confirmó Ollinr.

—Muy ingenioso —dijo Jadmila—. Naturalmente, el pago es por adelantado.

—Sí —contestó el individuo.

—El dinero se deja en una ranura. ¿Quién lo recoge luego?

Ollinr vaciló.

—El señor Orms —contestó por fin—. El tiene la llave...

—¿Cuál es la recaudación media semanal?

—Treinta o cuarenta mil francos galácticos, unos dos millones al año.

Bárez se tapó los ojos con las manos.

—¡Qué mina, qué mina de oro! —comentó.

Jadmila se echó a reír.

—Los tontos no se acaban nunca —comentó jovialmente—. Ollinr, hablemos en serio. El señor Orms no va a volver.

Ollinr remoloneó.

—No —contestó al cabo—. Se ha ido, para una larga temporada.

—¿Adonde? —preguntó Bárez, satisfecho de la rendición de Ollinr.

—A Ronglare 60. Uk le acompañó. Eso es todo lo que les puedo decir.

Bárez y Jadmila intercambiaron una mirada.

—Ya lo sabes, Frank —contestó ella.

—Sí, Jadmila.

Bárez sacó unos billetes y se los entregó al individuo.

—Ollinr, voy a darle un consejo: búsquese un trabajo honrado. Hubo un asesinato no muy sonado hace poco tiempo y cuando se descubra quién y por qué ordenó la muerte de Moore-Linz se va a desencadenar una especie de infierno, que abrasará a cuantos estén complicados en el asunto. Para usted todavía es tiempo, pero no insistiré en el consejo. Vámonos, Jadmila.

Los dos jóvenes abandonaron la vivienda.

—¿Y ahora? —dijo ella, en el ascensor, mientras bajaban hacia la calle.

—El día ha sido muy movido para mí —confesó Bárez—. Necesito toda una noche de descanso o me caeré redondo en cualquier sitio.

Jadmila sonrió comprensivamente.

—Dormirás en mi casa, en el cuarto de los huéspedes —decidió.

* * *

Por la mañana, después de desayunar, se dirigieron al astropuerto.

Jadmila se encargó de cumplir los trámites reglamentarios. Luego se encaminaron hacia la astronave, situada en una de las pistas de estacionamiento.

Bárez observó con satisfacción que había hombres armados en torno al aparato.

—Quise evitar riesgos —explicó Jadmila sucintamente.

—Estás en todo —dijo Bárez, complacido.

Un individuo les cerró súbitamente el paso, cuando estaban a pocos pasos del aparato.

—¿Jadmila Gersten? —preguntó.

—Sí —contestó la muchacha, extrañada.

—Soy Jim Zale, primer subdirector de la Compañía Galáctica General de *Gyattina* y Productos Químicos. Tengo entendido que usted ha programado un viaje a Ronglare 60.

Jadmila arqueó las cejas.

—Así es, señor Zale —confirmó.

—En ese caso... —Zale sacó del bolsillo un documento y se lo tendió a la joven—. Señorita Gersten, tengo el sentimiento de comunicarle que su viaje a Ronglare 60 es imposible.

—Pero ¿por qué? —preguntó la muchacha.

—El planeta es propiedad exclusiva de la compañía y nadie puede aterrizar allí sin nuestro permiso, permiso que, en el caso de ustedes dos, no estamos dispuestos a conceder.

—¡Atiza! —dijo Bárez, pasmado de asombro.

—Las leyes sobre propiedad galáctica... —empezó a decir Jadmila.

Zale no la dejó seguir adelante.

—Esas leyes que usted invoca están muy claras, señorita —atajó—. Ese documento que acabo de entregarle es una copia autenticada del título de propiedad de Ronglare 60. No querría ofender su inteligencia creyéndola ignorante de las leyes que autorizan al dueño de una cosa a defender su propiedad por todos los medios a su alcance.

Jadmila se había quedado sin habla.

—Pero esto es...

—Total y definitivamente legal —manifestó Zale con gran énfasis—. Adiós, señorita Gersten. Señor Bárez... —se despidió el individuo.

Jadmila estaba abrumada y no podía hablar. Bárez extendió la mano de pronto y atrapó a Zale cuando ya se marchaba.

—Está usted muy enterado de las cosas —dijo—. Pero nadie nos ha presentado. ¿Quién le ha dicho mi nombre?

Zale se quedó cortado. Bárez sonrió.

—De momento, ha ganado usted un asalto, pero no la partida —añadió—. Su compañía mantiene un ominoso monopolio sobre una sustancia benéfica y eso se acabará tarde o temprano, no lo olvide.

Zale le miró con infinito desprecio.

—La compañía seguirá existiendo cuando usted no sea ya ni polvo —contestó.

Y siguió su camino.

Jadmila estaba a punto de echarse a llorar.

—¿Qué haremos ahora, Frank? Ni siquiera la O.I.C. puede solicitar una orden judicial...

—Vamos a tomarnos una copa —dijo Bárez, agarrándola por un brazo—. Mientras tanto, es posible que encuentre una idea que nos permita llegar a ese condenado Ronglare 60.

* * *

Sentados en los taburetes, Bárez y Jadmila consumían pensativamente sus copas. El bar del astropuerto estaba muy animado.

Dos astronautas se situaron junto a la pareja, a la izquierda de Bárez y empezaron a charlar de sus cosas. Otro llegó poco después y saludó jovialmente a los primeros.

—Hola, chicos —dijo—. Hace mucho tiempo que no os veía. ¿Qué es de vuestra vida?

—Pse, no nos va mal —contestó uno.

—Tenemos un buen empleo —dijo el otro.

El recién llegado miró los emblemas que había en los trajes de sus compañeros.

—Pedro, si no me equivoco, trabajas para la General Galáctica —dijo.

—Así es, Rox —contestó el aludido—. Y Bill también. Pagan estupendamente.

—¡Qué suerte la vuestra! —suspiró Rox—. Pero ¿qué clase de transporte hace vuestra nave?

—*Gyatt*. Vamos a Ronglare 60, cargamos y nos volvemos aquí, eso es todo, Rox.

Bárez aguzó el oído al escuchar aquellas palabras.

—Vamos, una vida descansada, Pedro.

—Así se podría llamar —sonrió el piloto.

—¿Qué tal es Ronglare 60, Pedro?

—No me preguntes mucho: nunca estamos allí más de veinticuatro horas y apenas nos movemos de la nave. Pero no es el sitio donde me encontrarían si me perdiese. No viviría allí ni por todo el oro del mundo.

—¿Por qué, Pedro?

—El planeta es un inmenso campo de *gyatt*. Imagínate lo que pasaría si se produjese un incendio...

—No me lo digas —se estremeció Rox—. ¿Cuándo es la partida?

—Estamos esperando el visado de los documentos de embarque —contestó Bill.

Rox estrechó las manos de sus amigos.

—Avisadme cuando haya una vacante —pidió.

Bárez dejó una moneda sobre el mostrador. Luego agarró por un brazo a Jadmila y tiró de ella.

—¿Adonde vamos? —preguntó la muchacha, sorprendida. Sumida en sus pensamientos, no había oído nada.

Bárez rió suavemente.

—Había oído hablar de la locuacidad de los astronautas en tierra y delante de una copa, pero siempre pensé que era un tópico. El tópico, por fortuna y en nuestro caso, se ha hecho agradable realidad —contestó, de un modo que Jadmila se le antojó sumamente enigmático.

* * *

Con un suspiro de satisfacción, Pedro Kigr se soltó las ataduras de seguridad y dio una orden:

—Conecta el piloto automático, Bill.

—Ya está, Pedro —respondió el copiloto a los pocos momentos.

Kigr se puso en pie.

—Bueno, y ahora a descansar durante siete días hasta que lleguemos a Ronglare 60 —dijo—. ¿Quieres tomar algo, Bill?

—Café, gracias.

—Muy bien, iré a prepararlo...

Kigr hablaba mientras giraba sobre sus talones. La visión de una pistola, empuñada por la mano de un desconocido, cortó en seco sus palabras.

—No se preocupe, amigo —sonrió Bárez—. Hay una encantadora dama que se está ocupando ya de preparar café para cuatro.

Kigr tragó saliva.

—¿Qui... quién es usted? —preguntó, atónito.

Bill Uttan se volvió en su asiento.

—¡Atiza! ¡Un pasajero a bordo! —exclamó.

—Dos —puntualizó Bárez;—. Pero no deben temer de nosotros, a menos, naturalmente, que se obstinen en impedirnos viajar con ustedes hasta Ronglare 60.

Kigr hizo un gesto negativo.

—La vista de ese chisme —se refería a la pistola—, le hace decir a uno que sí a todo lo que le manden.

Bárez se echó a reír.

—Celebro sus deseos de colaborar, Pedro —dijo—. ¿Bill?

Uttan se encogió de hombros.

—No creo que la compañía se arruine por llevar dos pasajeros sin billete en la nave —contestó.

Jadmila apareció en aquel momento, con una bandeja en las manos.

—¡El café! —anunció, con radiante sonrisa.

Kigr y Uttan cambiaron una mirada de asombro.

Jadmila estaba encantadora, con un vestido muy simple, cuya

parte inferior era la mínima expresión de una falda. Kigr parpadeó unos momentos y luego dijo:

—Si esa chica hubiera aparecido antes, usted se habría ahorrado de enseñarnos el arma —dijo a Bárez.

Uttan se inclinó galantemente.

—La nave y nosotros, somos suyos, señorita —exclamó.

CAPITULO XII

Desde la altura, mientras la astronave orbitaba en busca del terreno de aterrizaje, Bárez contempló el tétrico aspecto del planeta.

—Pedro, usted tenía razón cuando dijo en el bar del astropuerto que no viviría aquí ni por todo el oro del mundo —murmuró.

—Es un mundo horrible —masculló Kigr.

Apenas se veían unas pequeñas extensiones de agua. Ronglare 60 era un globo, con escasas elevaciones en su superficie, enteramente cubierto en la parte sólida de aquella hierba rojiza que Bárez conocía tan bien.

—¿Cómo recolectan la hierba, Pedro? —quiso saber el joven.

—Máquinas —contestó el piloto—. Todo se hace automáticamente.

—Incluso la carga —añadió Uttan.

—Entonces, ¿no vive nadie ahí? —dijo Jadmila, asombrada.

—Sí, algunos, pero no creo que haya más de una docena de personas. Además, están muy poco tiempo, unos meses tan sólo. En seguida son relevados...

Algo chispeó de pronto en la superficie del planeta.

—¿Qué es eso? —preguntó Bárez.

—Parece una cúpula —dijo Jadmila.

—Lo es, pero nadie puede acercarse allí —contestó Uttan.

—Está severamente prohibido —añadió Kigr.

—Pedro, ¿quiere conectar un telescopio? —pidió Bárez.

—Con mucho gusto.

Momentos después, se encendió una pantalla. Las imágenes aparecieron en el vidrio deslustrado con sorprendente nitidez.

Bárez divisó una enorme colina, de pendientes muy suaves, en

cuya cúspide había una gran construcción de forma cúbica, rematada por la cúpula que había brillado al sol.

En torno al edificio había un espacio despejado, de unos cincuenta metros de radio. El resto del suelo estaba cubierto de *gyatt*.

—No veo ningún camino —dijo al cabo de unos minutos de observación.

—Si alguien se acerca a esa casa, debe hacerlo por vía aérea —apuntó Uttan.

—Ustedes no han estado, por supuesto —dijo Jadmila.

—Nos lo prohibieron, como a los demás trabajadores. El sueldo que paga la compañía, quita la curiosidad —declaró Kigr.

—Comprendo. —Bárez se mordió los labios, mientras Jadmila le agarraba por un brazo.

—Frank, ¿estará ahí el Oráculo? —murmuró ella.

Bárez no contestó, ocupado en examinar la inmensa planicie cubierta de hierba, que rodeaba la colina, hasta perderse de vista en todas direcciones.

—Pedro, ¿a qué distancia queda el astropuerto? —preguntó.

—Unos sesenta kilómetros —respondió el piloto—. A pie, es imposible llegar.

—Ni siquiera por la noche —añadió Uttan—. A los diez kilómetros de caminó, el que lo intentara, moriría asfixiado por el polvillo de la hierba.

—Una defensa mejor que la mejor valla electrificada —murmuró el joven. De pronto se volvió hacia el piloto—: Pedro, esta nave debe de disponer de un bote salvavidas. Es reglamentario.

—Por supuesto, Frank.

Bárez sonrió.

—Bueno, en ese caso, no extrañará a nadie que los pasajeros clandestinos se apoderen del bote durante la noche, ¿verdad?

—Sí, pero les voy a dar un consejo: nuestra estancia en Ronglare 60 nunca dura más allá de las veinticuatro horas. Aprovechen bien el tiempo o tendremos que dejarlos en el planeta.

—Volveremos con ustedes —prometió el joven.

Una pantalla se iluminó con vivos destellos en aquel momento.

—Pedro, nos hacen señales para aterrizar —informó el copiloto.

* * *

La noche había caído sobre Ronglare 60.

Bárez se asomó cautelosamente a una de las escotillas. El penetrante olor de la hierba *gyatt* lo invadía todo.

Los edificios donde se albergaban los pocos trabajadores estaban a unos sesenta o setenta pasos de la astronave, herméticamente cerrados y con la atmósfera acondicionada en su interior, para evitar que sus habitantes respirasen el polvillo de la droga.

Aun así, como había dicho Pedro Kigr, y a pesar de que en el exterior no se movían sin máscara, su estancia en Ronglare 60 duraba muy poco tiempo. Los filtros de los aparatos de aireación tenían que ser renovados con gran frecuencia, ya que el polvillo los cegaba con enorme rapidez.

—Pedro tiene razón —murmuró Jadmila—; Ronglare 60 no es mundo para vivir permanentemente en él.

Bárez asintió. Por otra parte, Ronglare 60 no era, estrictamente hablando, un Planeta, sino mas bien un planetoide, de unos ochocientos kilómetros de diámetro. La curvatura del horizonte era perfectamente visible, aun en la oscuridad de la noche. La transparencia de la escasa atmósfera del planeta era absoluta y las estrellas brillaban con todo su esplendor, en número incalculable.

Un pequeño satélite, que orbitaba a unos ciento cincuenta kilómetros de altura, aliviaba, con su luz refleja, las tinieblas. Aquella luz, no obstante, no se podía comparar con la de la Luna terrestre en plenilunio.

Kigr y Uttan dormían, de acuerdo con la pareja. Bárez y Jadmila habían convenido en evitarles trastornos.

Las luces de los edificios se habían apagado. Al día siguiente, al amanecer, daría principio la carga de la astronave. Ellos tenían que estar de vuelta antes de que se iniciaran las operaciones.

—Vamos —dijo Bárez.

Abandonaron la cabina y, por una pequeña escalera de caracol, subieron a un piso superior, en el que se hallaba el bote salvavidas.

Era un aparato que parecía un gran cigarro puro, de color amarillo vivo, con cabina encristalada y capacidad para cuatro personas. Disponía de un departamento con víveres de reserva, un pequeño botiquín, elementos de acampada en astros hostiles y un potente transmisor para llamadas de socorro.

—Yo pilotaré —dijo Jadmila.

Bárez asintió. Sobre esto, no había discusión posible.

Kigr y Uttan les habían enseñado el manejo del bote, más difícil por otra parte. Pero Jadmila tenía experiencia en el pilotaje de astronaves.

Ocuparon los asientos. Jadmila comprobó la estanqueidad de la cabina y verificó la presión interior.

Luego hizo funcionar un control remoto y una gran escotilla se abrió en la parte superior. El bote se elevó lentamente hasta asomar al exterior.

La escotilla se cerró automáticamente y la astronave recobró su aspecto normal. Jadmila movió suavemente una palanca, con lo que el aparato empezó a deslizarse hacia delante a poca velocidad.

—Vuela lo más bajo que puedas —aconsejó él.

Jadmila asintió. El vientre del aparato rozaba los tallos de la hierba. .

—Es mucho más alta que la que vimos allí —dijo Bárez a los pocos momentos.

—Ten en cuenta la menor gravedad de Ronglare 60 —contestó ella.

—Y no se ve otra cosa que *gyatt*. ¿Por qué?

—Es un vegetal que podríamos llamar absorbente. Impide que crezcan otros y, por supuesto, también impide la vida animal.

—Una delicia de planeta, vamos. Pero ¿cómo lo cultivan?

—Aquí, en Ronglare 60, de ninguna manera. Siegan la hierba, la

empacan y la cargan. La *gyatt* se reproduce por sí sola. Un solo tallo de hierba puede vivir varios años, creciendo a medida que es cortada. En el último año de su vida, despidе las semillas, que fructifican en cualquier clase de terreno. Pero de todas las semillas granadas, sólo una crecerá y se convertirá en, digamos, tallo adulto. Ese tallo devora a todos los demás, ¿comprendes?

—Sí, es una hierba fratricida. ¿Dónde has aprendido tanto de la *gyatt*, Jadmila?

—En la enciclopedia, claro —sonrió ella.

—¿Y no se devoran los tallos entre sí?

—No, si no pertenecen a la misma planta y, además, eso ocurre solamente cuando las semillas acaban de fructificar. Sólo un tallo sobrevive, Frank.

—Y de la destilación de la *gyatt* se obtiene...

—La droga maravillosa, que alarga la vida en veinticinco o treinta años —contestó Jadmila.

El aparato había ido adquiriendo velocidad. Minutos más tarde, divisaron en lontananza la silueta de la colina, recortándose en el horizonte.

Al acercarse al objetivo, Bárez apreció que la colina era más alta de lo que parecía. Su cumbre se hallaba a casi mil metros sobre la llanura circundante, de escasos accidentes orográficos.

—En tu lugar, yo me acercaría al edificio por la parte posterior —aconsejó él.

—Sí, está bien —accedió Jadmila.

El aparato describió una larga curva, yendo a situarse minutos después en la parte posterior del edificio, al pie de uno de sus elevados muros, cuya altura estimó Bárez en unos veinte metros.

Jadmila abrió la cúpula y saltaron al suelo. Bárez torció el gesto.

—Este olor a *gyatt* resulta apestoso —comentó.

—Sí, acaba por enervar —admitió ella.

La pared era absolutamente lisa y tenía unos sesenta metros de longitud. Su altura impedía ver la cúpula situada en el punto más alto del singular edificio.

En aquel lado, no se veía el menor hueco en la pared. Jadmila hizo una señal con la mano y echó a andar.

Bárez se emparejó con ella. Pendiente del hombro, llevaba la cámara, con un potente foco para destellos. La intensidad de los destellos podía ser graduada, de acuerdo con las necesidades de la imagen que se quería grabar en la placa.

Doblaron una esquina y caminaron a lo largo de la otra fachada. De pronto, cuando estaban a punto de alcanzar la esquina de la fachada delantera, vieron a lo lejos un punto brillante que se acercaba con gran rapidez.

—¡Al suelo, Jadmila! —exclamó Bárez—. Viene alguien y no sería prudente que nos viesen.

Jadmila comprendió en el acto la necesidad de seguir el consejo. El aparato que llegaba era un bote salvavidas, idéntico en todo al que ellos habían utilizado.

Bárez se arrastró hasta asomar la cabeza por la esquina. El bote tomó tierra y un hombre saltó al suelo.

—¡Vaya! —murmuró—. ¿Quién lo diría?

—¿Lo conoces, Frank? —preguntó Jadmila.

—Sí, es Jim Zale.

CAPITULO XIII

Zale se detuvo ante la única abertura de la fachada, una gran puerta con dintel en arco de medio punto y sacó una linterna de su bolsillo. Lanzó una señal con varios destellos cortos y largos, y aguardó unos momentos.

La puerta se abrió silenciosamente. Zale cruzó el umbral y desapareció en el interior del edificio.

—Vamos —dijo Bárez, a la vez que se ponía en pie.

Echaron a correr, pero se quedaron defraudados. La puerta se había cerrado nuevamente.

—Y no podemos llamar para entrar —dijo Jadmila.

—Espera —exclamó Bárez—. Tengo una idea.

El bote salvavidas estaba provisto de luces de posición. Bárez trepó a la cabina y manejó los interruptores de los focos de proa, repitiendo las señales que había hecho Zale.

La puerta se abrió por segunda vez. Jadmila se sentía maravillada.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó.

—Muy sencillo. La clave, por otra parte, no puede ser más infantil. Zale la emitió en morse.

—¿Alguna palabra convenida?

—Dos —rió Bárez—. "Abrete, sésamo".

Jadmila se tapó la boca para no soltar una carcajada. Cruzaron el umbral, viendo que la puerta se cerraba por sí sola al hallarse en el otro lado.

El interior estaba brillantemente iluminado. Ellos se encontraban en un amplio vestíbulo, del que partía una enorme escalinata que conducía a los pisos superiores. A la derecha vieron una puerta entreabierta.

—Están aquí, le digo que están aquí —hablaba Zale en aquellos momentos, al parecer, presa de una viva excitación.

—¿Cómo puede saberlo, Jim? —preguntó alguien.

Bárez reconoció aquella voz. Era la de Orms.

—Impedí que vinieran a Ronglare 60 —contestó Zale—. Lo hice de un modo legal, pero ellos me burlaron y se colaron en la astronave de carga.

—¿Se lo dijeron los tripulantes?

—No, pero cuando me enteré de que habían desaparecido y que no se les encontraba por ninguna parte, ordené una pesada de la astronave por control remoto.

—Entiendo —dijo Orms pensativamente—. El medidor dio como resultado un peso superior al detallado en origen.

—Exactamente. Conocida la distancia, era fácil calcular el gasto de combustible. La nave debía tener un peso determinado, que resultó aumentado en ciento cuarenta y tres kilos.

—Ochenta y cinco yo —musitó Bárez.

—Y yo cincuenta y ocho —dijo Jadmila.

—Sí —convino Orms pensativamente—, es un peso que corresponde al de dos personas jóvenes de distinto sexo. Pero ¿cómo no dijeron nada los tripulantes?

—Fueron amenazados por los intrusos, incluso con represalias a su familia —contestó Zale.

Bárez miró satisfecho a Jadmila.

—Son un par de chicos muy inteligentes —murmuró.

—Pero no se les ha visto todavía —dijo Orms.

—¿No estarán aquí adentro? —sugirió Zale.

—¡Imposible! No conocen la contraseña de apertura.

—¿Y si forzasen la puerta?

—¿Con explosivos? Absurdo, Jim; no les creo tan tontos como para entrar aquí de esa manera. Buscarán otro medio... y entonces les haremos una recepción adecuada.

—Lahee —dijo Zale—, si entran aquí, lo descubrirán todo.

—Eso es lo que vamos a evitar —aseguró Orms—. ¡Hyрман!

—Diga, señor Orms —contestó el esbirro.

—Sitúate en la cámara de observación. Si ves algo sospechoso, da la alarma en seguida.

—Muy bien.

Uk abrió la puerta y salió al vestíbulo. Cerró y, al levantar la cabeza, una mano le tapó la boca, a la vez que un fuerte brazo le sujetaba por la cintura.

Jadmila apoyó la boca de su pistola en el pecho del sujeto.

—Dispararé si intentas gritar —advirtió—. ¿Dónde está la cámara de observación?

Bárez aflojó un poco la mano para que Uk pudiera hablar.

—Arriba, en el primer piso...

—Andando —dijo Jadmila.

Bárez empujó a su prisionero. Uk no se atrevía a oponer resistencia.

Momentos después, entraban en una vasta estancia, llena de aparatos. Había unas cuantas pantallas, así como un gran transmisor de radio, análogo al que ellos ya conocían.

—Habrás que atarlo, Jadmila —dijo Bárez.

—Sí, pero antes pregúntale; dónde está el Oráculo. Quiero hablar con ese personaje.

—Y yo retratarlo —sonrió el joven—. Uk, ¿dónde está?

El esbirro parecía muy abatido.

—En la cúpula —contestó.

* * *

Todavía había otro piso encima de la cámara de observación. En el centro se veía una gruesa columna de cristal, que tenía unos dos metros y medio de diámetro por seis de altura.

Había una abertura en la base de la columna. Bárez y Jadmila entraron a través de la puerta, preguntándose cómo llegarían a la cúpula.

El suelo de la columna se encargó de darles la respuesta de un modo automático, poniéndose en marcha inmediatamente. Momentos después, se hallaban bajo la encristalada bóveda.

El diámetro de la base era de unos treinta metros y había algunos tabiques, transparentes unos, otros cubiertos por cortinas de color rojo oscuro. El silencio era absoluto.

—Aquí no hay nadie —dijo Jadmila.

—Entonces, ¿quién diablos da las respuestas del Oráculo?

Jadmila miró a derecha e izquierda. De pronto, se acercó a una de las cortinas y la apartó a un lado.

Se oyó un chillido femenino. Desconcertada, Jadmila soltó la cortina.

—Hay una mujer bañándose —dijo.

Bárez sonrió.

—Ya lo he visto —contestó—. Parece joven y bastante guapa.

—Pero ¿qué diablos hace aquí esa mujer? —exclamó Jadmila, desconcertada.

—Esperen un momento —dijo la desconocida—. Salgo en seguida.

Pasaron algunos minutos. Al fin, cubierto el cuerpo con una salida de baño, en forma de traje de una sola pieza, la mujer apareció ante sus ojos.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó.

—Me llamo Frank Bárez —contestó el joven—. Esta es Jadmila Gersten.

La mujer entornó los ojos. Bárez apreció que era muy bella, aunque ya había cumplido los cuarenta años. Pero su estado de conservación físico era excepcional.

—Frank Bárez —dijo ella—. Recuerdo su nombre.

—Si le consultaron sobre mi futuro, es lógico que lo recuerde —

manifestó el joven.

—Es cierto; me consultaron sobre su futuro y me negué a predecirlo.

—¿Puedo saber por qué? —preguntó él.

—Es muy sencillo. Esperaba decírselo en persona, señor Bárez.

Jadmila emitió un resoplido.

—Así, pues, usted es ese famoso Oráculo que predice el porvenir de las personas...

—¿No le parece que llamarme Sibila resultaría más correcto? —dijo la mujer, sonriendo.

—Nadie ha dicho jamás que el Oráculo fuese un bello ejemplar del sexo femenino —manifestó Bárez.

Ella hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Gracias por la galantería, pero, al que le predicen su futuro, ¿qué le importa que su adivinador sea hombre o mujer?

—Eso es verdad —reconoció Bárez. De pronto, se acordó de la cámara y disparó una placa—. Lo siento, pero me lo piden.

La mujer pareció enojarse.

—Eso no ha estado bien, señor Bárez —dijo—. Ahora me reconocerán.

—Si sigue acertando en los vaticinios, ¿qué importa que conozcan su cara? Por otra parte, no es tan fea, señora.

—Y hablando de reconocer —terció Jadmila—. Todavía no nos ha dicho su nombre, señora...

—Soy la doctora Ktinia de Ktinn.

* * *

Bárez y Jadmila estaban todavía bajo los efectos de la sorpresa. La doctora les había conducido a una sala de descanso, desde la que se divisaba un completo panorama del planeta.

—Es increíble —dijo Bárez—. Usted está viviendo desde hace doscientos setenta y dos años.

Ktinia sonrió.

—Y, según parece, me queda cuerda para el triple de tiempo o más —contestó.

—Será por eso por lo que no se mueve de aquí —apuntó Jadmila.

—Es muy posible, muchacha.

Bárez se pasó una mano por la frente.

—Pero, no entiendo, doctora. ¿Qué aliciente tiene la existencia para usted si no puede moverse de este pequeño espacio?

—¿Acaso me han permitido abandonarlo?

—¿Cómo? —saltó Jadmila—. ¿Quiere decir que la retienen aquí contra su voluntad?

—Así es —confirmó Ktinia.

—El hermano de su esposo —adivinó Bárez.

—Sí, Lahee.

—Y él la obliga a formular sus vaticinios.

—No, aunque se aproveche de ello, como se aprovecha de mis descubrimientos sobre las cualidades de la hierba *gyatt*. Se me ocurrió a mí, para distraer un poco mi forzado encierro.

—Empiezo a pensar que la *gyattina* le ha concedido a usted esos fenomenales poderes de clarividencia, doctora —dijo Bárez.

—Y los años que llevo viviendo, claro. También se adquiere experiencia.

—¿Cómo puede ser eso, si no sale jamás de aquí?

—Recibo noticias constantemente —explicó Ktinia—. Además, usted lo ha dicho antes, la *gyattina* me ha dado unos poderes excepcionales.

—Además de alargar su existencia de un modo increíble —dijo Jadmila.

—Eso es verdad —convino la doctora.

—Pero, bueno —exclamó Bárez—, el padre de Jadmila, por ejemplo, lleva años enteros tomando tabletas de *gyattina* y no es un adivino, que yo sepa.

Ktinia sonrió.

—Ustedes toman la *gyattina-beta*. Yo tomo la *gyattina-alfa*.

—Vamos, de primera clase —dijo Jadmila.

—Así podría calificarse. Es una especie de sobredestilación de la *gyattina* corriente, a la que hemos añadido el calificativo de *beta*, para distinguirla de la sobredestilada, que llamamos *alfa*.

—Y Orms también toma la *gyattina-alfa*.

—Sí, por desgracia para mí —suspiró la doctora.

—Pero ¿no se le ha ocurrido nunca intentar la huida? —se extrañó Bárez.

—Ya he dicho antes que me es imposible, pero deben saber la verdad. No puedo salir de aquí.

—¿Por qué, doctora? —preguntó Bárez.

—Porque moriría en pocos minutos.

CAPITULO XIV

—Cuando yo llegué, Ronglare 60 no era sino una bola árida e inhabitable —dijo Ktinia—. Apenas crecían algunas matas y la escasez de agua era entonces, como ahora, su principal característica, tanto en la superficie como en el subsuelo. Una de aquellas plantas llamó mi atención; era la hierba *gyatt*, un vegetal desconocido hasta entonces y a la que di ese nombre en honor a uno de los miembros que componían la expedición.

"Las restantes plantas de Ronglare 60 nos eran conocidas. A mí se me ocurrió probar la *gyatt* y noté una acción vigorizadora y euforizante que no se podía confundir en modo alguno con otras plantas de las cuales también se extraen drogas. Anuncié mis propósitos de quedarme aquí una temporada e instalé mi campamento, para estudiar bien la hierba. Unos años más tarde, descubrí la *gyattina*.

—En la enciclopedia se la da a usted como desaparecida —dijo Bárez.

La doctora sonrió.

—Estuve demasiado tiempo y las sucesivas expediciones que vinieron estaban compuestas siempre por tripulantes distintos. En una ocasión yo no me hallaba en el campamento y los tripulantes, quizá por impaciencia, no hicieron una exploración a fondo. Me dieron por muerta.

—Comprendo. Siga, doctora.

—Pasaron algunos años. Un buen día llegó el hermano de mi esposo. Yo me había quedado viuda ya. Mi esposo falleció en accidente. Lahee se enteró de todos mis experimentos y me encontró notablemente rejuvenecida. A los sesenta años, yo tenía el aspecto de una mujer de treinta. El probó también la droga.

Jadmila se estremeció. "¿Quieren hacerse inmortales?", se preguntó.

—Hice un viaje secreto fuera de Ronglare 60. A los pocos días, noté arrugas en la cara. Me asusté. Comprendí que fuera de este planeta envejecía rápidamente y regresé en el acto. El proceso de

senilidad se trocó en seguida en otro de rejuvenecimiento. Decidí no moverme ya más de Ronglare 60.

—Y ello se debe a la *gyattina-alfa*.

—En efecto —confirmó la doctora.

—Pero ahora se está cultivando en Tierra IV —alegó la muchacha.

—Es *gyattina-beta*, de calidad bastante inferior.

—Que sólo prolonga la vida en unos veinticinco o treinta años.

—Así es —contestó Ktinia—. Pero tiene otras propiedades que aún no han sido explicadas al gran público.

—¿Podemos conocerlas, doctora? —preguntó Bárez.

—No. Lo siento, pero no puedo decirlo —respondió Ktinia, repentinamente seria.

—Bien, en ese caso, me gustaría hacerle otra pregunta, doctora.

—Diga, señor Bárez.

—Hay varios campos de *gyatt* en Tierra IV. La hierba que hay allí, ¿procede de la que encontró usted en Ronglare 60?

—Por supuesto, pero es una variedad inferior, deliberadamente estudiada y, repito, con propiedades algo distintas.

—¿Qué pasaría, por ejemplo, si un campo de *gyatt* ardiese? ¿Se sembrarían semillas terrestres o ronglarianas?

—Ronglarianas, sin lugar a dudas. ¿Acaso se quemó un campo?

—Sí, uno en el que me llevaron a mí a la fuerza. Medía unos cincuenta kilómetros de perímetro y ardió totalmente en menos de una hora.

A Bárez le pareció que había una chispa de furia en los bellos ojos de la doctora.

—Ese es el gran inconveniente de la hierba —dijo Ktinia—. A pesar de todos los esfuerzos que he realizado, no he conseguido aminorar en modo alguno, sus cualidades de alta combustibilidad en estado de madurez.

—Es una rara propiedad, en efecto —convino el joven—. Pero ¿por qué no hay más plantas que la *gyatt* en Ronglare 60?

—Se trata de una hierba muy voraz. Devora a los demás vegetales.

—Una planta monopolística —calificó el joven—. Pero envían cargamentos a Tierra IV.

—Sí, para la mezcla de la destilación, de donde se obtiene la *gyattina* que allí se elabora. En esa mezcla, el producto de la hierba que crece allí aumenta en graduación, por decirlo así. O disminuye la potencia de la que se cultiva en Ronglare 60, como quieran expresarlo.

—Y de tal mezcla salen las raras propiedades de la *gyattina-beta*.

—Efectivamente, pero no les diré qué propiedades son esas —insistió la doctora una vez más.

—A usted, por lo visto, le ha dado el don de la clarividencia —dijo Bárez—. Pero cuando le consulté acerca de mi futuro, se negó a predecirlo.

Una extraña sonrisa apareció en los labios de la doctora.

—Negarme a predecirlo, no significa que lo desconozca —respondió.

—Dígalo, doctora —pidió Jadmila.

—¡Alto ahí! —exclamó Bárez enérgicamente—. Yo no tengo interés alguno en conocer mi futuro, por mucho que ella diga que lo sabe.

Ktinia soltó una risa burlona.

—Tal vez se le pondrían los pelos de punta —dijo con acento siniestro.

* * *

Bárez procuró mantener la serenidad.

—Hay una cosa que me gustaría aclarar, doctora —manifestó.

—Diga, por favor —accedió Ktinia.

—Usted no sale de Ronglare 60 porque envejecería rápidamente. Pero Orms sí sale de aquí y viaja a Tierra IV..., mejor dicho, vive allí.

—Por períodos muy cortos. Cada vez que está en Tierra IV debe regresar aquí y someterse a una larga cura de rejuvenecimiento. Un día, indefectiblemente, deberá quedarse en Ronglare 60 de modo definitivo.

—Ya entiendo. Pero eso no significa que la tengan aquí secuestrada.

Ktinia sonrió cínicamente.

—Quizá no me expresé antes con la debida corrección. Lahee me retiene aquí, desde luego, pero por motivos estrictamente personales —respondió.

—Creo adivinar cuáles son esos motivos personales, doctora —dijo Bárez.

Ktinia se irguió orgullosamente. Se había cambiado de ropa y ahora llevaba un traje muy ajustado a las arrogantes líneas de su figura.

—Tengo el cuerpo de una chiquilla y voy a cumplir pronto los trescientos años —dijo—. Lahee no quiere que envejezca, sencillamente.

—Está enamorado de usted —adivinó Jadmila.

—Con locura, como yo de él —admitió la doctora.

—Y por eso ha accedido a vaticinar el porvenir de quien se lo solicita.

—Resulta divertido estudiar a una persona y saber qué va a ser de ella.

—Sobre todo, si se obtienen buenas ganancias, aunque no sé en qué diablos va a gastar aquí el dinero —dijo Bárez.

—La Compañía tiene muchos gastos y la *gyattina* se expende a un precio muy barato. El gobierno de Tierra IV nos impide elevarlo.

—A pesar de que les concedió el monopolio.

Ktinia hizo un gesto ambiguo.

—No durará mucho eso, quiero decir, que el actual estado de cosas acabará dentro de cuarenta o cincuenta años. Entonces, nosotros seremos el gobierno de Tierra IV... y de otros planetas.

Bárez respingó.

—¿Cómo piensan conseguido? —preguntó.

—No, no se lo diré...

—¿Por qué no, querida? —dijo en aquel momento, una voz de tonos insidiosos—. Si no van a poder repetirlo a nadie, ¿qué mal hay en contarles nuestro plan?

.

* * *

Jadmila emitió un gritito de sorpresa. Bárez no se inmutó.

—Pase, señor Orms —invitó con acento lleno de naturalidad.

—Con mucho gusto —respondió el aludido—. Pero no dejen de mirar la pistola que tengo en la mano.

—Ya me imaginaba que traería un cacharro semejante. Y bien, ¿cuál es ese famoso plan?

—La *gyattina-gamma*, que ya se está experimentando en algunos cobayas humanos, que naturalmente, lo ignoran. Aparentemente, vivirán cuarenta años más, aproximadamente, pero sus genes sufrirán mutación y sus descendientes tendrán ciertas cualidades psíquicas que cambiarán por completo el actual estado de cosas.

—¿En qué sentido, por favor?

—Su mente quedará anulada. Por contra, la de Ktinia y la mía adquirirán un poder tal, con el paso de los tiempos y con la inapreciable ayuda de la *gyattina-alfa*, que todos nos obedecerán, por lejos que estén y mediante una simple orden mental.

Jadmila se tapó la boca con una mano, horrorizada por aquellas palabras. Bárez procuró mantener la compostura.

—Y así vivirán siglos, dueños absolutos de varios planetas, todos los que componen el sistema de Tierra IV —dijo el joven.

—Quizá más planetas todavía, porque una larga vida concede una ciencia ilimitada. Puede que Lahee y yo lleguemos a vivir millares de años...

—Eso no ocurrirá —dijo una voz en aquel momento—. He sido

cómplice de muchas cosas, de muchos negocios sucios, ejecutados por la Compañía y en nombre de la Compañía, pero lo que acabo de oír es demasiado.

Todos los presentes se volvieron en el acto. Zale acababa de aparecer en la estancia, armado con una pistola de luz sólida.

—¡Lo ha oído todo! —gritó Ktinia.

—Si, lo he oído...

Orms disparó contra Zale, carbonizándolo en el acto.

—Has perdido demasiado tiempo en hablar —dijo torvamente.

Hubo un momento de silencio. Luego, Bárez, inspirando con fuerza, dijo:

—Tengo la sensación de que nos reservan la misma suerte que a Jim Zale.

Ktinia meneó la cabeza.

—Lo siento. Ustedes me son muy simpáticos, pero no podemos permitir que divulguen nuestro secreto.

—Quizá por eso mismo murió Moore-Linz.

La doctora hizo un signo de asentimiento.

—Podía constituir un peligro para nosotros —contestó—. No me importaba que hiciera una limpieza a fondo de augures y profetas, pero sus investigaciones podían haber llegado muy lejos.

—Comprendo. Por dicha razón, Orms quiso atraerme a su bando.

—Usted se lo perdió —dijo el aludido fríamente.

—Sí, las cosas están ahora mucho más claras —habló Bárez sin perder la calma—. Ella no quiso profetizar mi futuro...

Ktinia sonreía burlonamente.

—Sabía que lo haría en persona —contestó—. Y su futuro es, desdichadamente, muy corto.

De pronto, extendió las manos:

—¡Mátalos, Lahee! —tronó.

Orms alzó su pistola, pero, en el mismo momento, Bárez disparó la lámpara de su máquina fotográfica, al máximo de potencia lumínica.

Un espantoso resplandor llenó la estancia. Orms chilló, mientras se cubría la cara con un brazo.

Su disparo salió alto. Jadmila aprovechó la ocasión para sacar su pistola y abrasar a Orms con una descarga de luz sólida.

La doctora lanzó un grito de fiera herida y se precipitó sobre el cadáver de Orms, abrazándolo enloquecidamente. Bárez agarró a la muchacha por un brazo.

—Será mejor que nos vayamos —dijo.

Jadmila asintió. En el momento de salir, vio a Ktinia inanimada sobre el ennegrecido cadáver de Orms.

Casi le dio pena, pero, recordando el diabólico plan que ambos se habían trazado, pensó que había obrado bien.

Salieron corriendo. La puerta estaba abierta de par en par.

El otro bote salvavidas había desaparecido.

—Uk se ha largado —dijo Jadmila.

—Mejor para él —contestó Bárez, ceñudamente—. De todas formas, le echaremos el guante en Tierra IV.

Corrieron a su nave y entraron en la cabina. Jadmila hizo funcionar los mandos y el aparato se elevó inmediatamente.

A unos veinticinco o treinta metros de altura, vieron una figurilla blanca que salía corriendo del edificio. La doctora llevaba un arma en la mano y hacía fuego continuamente contra el aparato.

La nave se tambaleó con fuerza. Jadmila gritó agudamente, pero consiguió dominarla.

—Dame tu pistola —pidió Bárez.

Ella le entregó el arma. Bárez describió una ventanilla y sacó el la mano.

Apretó el disparador. La descarga incidió en el borde de la extensión cubierta de *gyatt*. Un vivo fulgor rojizo se elevó de inmediato.

—¡Arriba, arriba, Jadmila! —gritó el joven.

Las llamas se propagaban con esa espantosa rapidez y subían a gran altura. Ktinia quiso huir del fuego y giró sobre sus talones, pero se encontró con la puerta cerrada.

En vano golpeó el metal con los puños. Una oleada de vivísimo calor la alcanzó y rodó por tierra.

El fuego se extendió de manera impresionante. Bárez comprendió que nada podría salvar ya a aquella funesta mujer.

—Tal vez haya sido mejor así —musitó.

Hasta donde alcanzaba la vista, era ya un mar de fuego. Bárez se sintió terriblemente impresionado.

—Jadmila, dale toda la potencia al aparato o no podremos escapar de Ronglare 60 —aconsejó.

El bote salvavidas, desde luego, era más veloz que la propagación del incendio. Cuando llegaron al astropuerto, los que estaban allí se disponían ya a abandonar el planeta.

Kigr y Uttan los acogieron con verdadera satisfacción. Minutos más tarde, contemplaban desde el espacio una humeante bola de fuego, que ofrecía un aspecto realmente pavoroso.

Bárez pensó en la cámara. Tenía allí un par de fotografías que resultarían de gran valor documental.

—¿Qué pasará ahora con la *gyattina*, Frank? —preguntó Jadmila, mientras se alejaban de Ronglare 60.

—No lo sé. Eso es algo que tendrá que decidir el Gobierno y, por supuesto, deberá acabar con el monopolio de la hierba. Pero si por mí fuera, haría quemar todos los campos de cultivo de *gyatt*.

Jadmila asintió.

—No sería mala idea y, en cuanto a mí, te prometo solemnemente dejar de tomar la *gyattina* a partir de ahora. Puede que viva veinte o treinta años menos, pero quiero tener la seguridad de que mis hijos nacerán completamente normales y que nadie que ellos no quieran podrá influir en su mente.

—Es una decisión muy acertada —convino Bárez—. Pero, dime, ¿es que piensas tener hijos?

—Si me caso, desde luego.

—Ah —murmuró Bárez—. ¿Quién es el futuro padre de tus hijos?

Jadmila remoloneó un poco.

—A este paso, tendré que pedirle yo que se case conmigo —dijo al cabo, mientras le miraba con expresión maliciosa.

Bárez sonrió.

—Hay cosas para las cuales no necesito todavía ayuda de nadie —contestó, alargando los brazos hacia ella. La besó largamente y lanzó un profundo suspiro—: Aquí termina la investigación a un Oráculo —añadió.

—Sí —confirmó ella— Fue un Oráculo que erró completamente en su última profecía.

El joven asintió.

—Ktinia de Ktinn podía habernos augurado una larga y dichosa vida, ambos juntos, y entonces sí hubiese acertado de lleno —concluyo.

FIN